

Un Eremita Camaldulense



Elogio de la vida oculta

Un eremita Camaldulense
de Montecorona

**ELOGIO
DE LA
VIDA OCULTA**

**TRADUCIDO DEL ITALIANO POR
ANTONIO ALBA, PRESBITERO**

AD 2004

PARA USO PRIVADO DE LA
FRATERNIDAD DE LAICOS
CAMALDULENSES DE MONTECORONA



MADRID, CUARESMA DE 2011

PRÓLOGO

ESTE LIBRO fue publicado por la comunidad monástica de Bose, en Italia, en el año 2003, figurando como autor del mismo el padre Luis-Alberto Lassus, O.P.

Como él mismo nos relata en el prólogo del libro su autor es un “eremita camaldulense de Montecorona” que desea que su nombre permanezca en el anonimato. En efecto, estas páginas han nacido en la soledad y el silencio de la celda de un yermo camaldulense, escritas por un eremita que ha sido Padre Mayor —Superior— de la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona y que en la actualidad es prior de uno de sus yermos.

Luis-Alberto Lassus —fallecido en Niza (Francia) el 12 de diciembre del año 2002— fue un gran estudioso de la historia y la espiritualidad eremítica-camaldulense, cómo queda reflejado en sus obras: *“En la escuela de San Romualdo. La espiritualidad del desierto”* (1989), *“San Romualdo de Ravena, eremita y profeta”* (1994) y *“El Beato Pablo Giustiniani amante impenitente del desierto”* (1998).

Vaya desde aquí nuestro homenaje y recuerdo para el P. Lassus, por su dedicación a la tarea de dar a conocer la vida escondida de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona.

Madrid, cuaresma de 2011

INTRODUCCIÓN

SE RECOGEN aquí algunos encuentros espirituales tenidos con sus hermanos camaldulenses por su prior, que desde hace mucho tiempo me honra con su fiel amistad. Me ha mandado siempre gentilmente alguna copia, pensando que me habría servido y que normalmente habría podido obtener alguna ocasión de alegría para el corazón. Como el sabio escriba del evangelio, mi amigo ha sabido extraer del tesoro espiritual acumulado en un milenio por los hijos de san Romualdo (muerto hacia el año 1027) “cosas nuevas y cosas viejas” (Mt 13, 52) para los hombres y las mujeres de hoy, que se sienten atraídos por la soledad en la que Dios habla al corazón y el Espíritu de amor hace gustar de modo indecible la realidad divina. Un día pedí la autorización para publicar aquellos textos. No fue fácil obtenerla y me fue dado sólo con la condición de que no dijese el nombre del autor y que “tocásemos juntos, a cuatro manos”. Consentí, aunque dándome cuenta bastante bien de mis límites, de mi inadecuada personalidad para hablar de esta vida que él lleva desde hace muchos años.

En sus encuentros con los hermanos ermitaños mi amigo ama evocar algunos grandes temas de la espiritualidad camaldulense, así tal y como se intenta vivirla todavía hoy en los poquísimos yermos que quedan del beato Pablo Giustiniani (1476-1528) diseminados por el mundo. Cuando el 15 de septiembre de 1520 como superior del yermo de Camaldoli Pablo se marcha de buena mañana acompañado por un hermano converso de corazón simple, no es por una “cabezonada”, sino más bien por un impulso del corazón que rebosa de amor y sufrimiento. Desde hace diez años este patricio de Venecia vivía en aquella beata soledad, después de haber roto los puentes con tantas personas queridas y tantas otras cosas que creían que habría muerto. Había vivido con ardor el nacimiento del desierto con la locura de los “violentos” por el reino de Dios. Pero ahora veía aquel desierto amenazado, lo ve en peligro y él mismo se encuentra con ese riesgo, en primera posición, a merced del mundo de los negocios y de la futilidad. Desde hace poco tiempo ha hecho

publicar, en la misma Camáldula, la *Regla* para los ermitaños y reclusos rebosante de alegría por el desierto porque quiere vivir y hacer vivir en plenitud la experiencia beata de la “vida oculta” en Cristo del eremita, tal y como la han vivido Romualdo el contemplativo y los primeros hermanos de Camaldoli y de Fonte Avellana. Pablo quiere fundar pequeños yermos, silenciosos, escondidos, apartados, pobres y alegres. En los ocho años que Dios le concederá todavía vivir, organizará aquella pequeña familia eremítica que hoy se llama Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona. ¿Su ideal? Vivir escondidos con Cristo en Dios, en el seno del Padre, como la gota de agua desaparece en el ánfora de un vino precioso, y también como el mismo Pablo, el 7 de agosto de 1524, se aniquila y fue “reducido a la nada” en el Yermo de Pascelupo, mientras estaba celebrando la santa misa.

Como el siervo fiel, concédeme, Señor, no que tu alegría penetre en mí, sino que yo penetre en ella y que, reducido a la nada, aniquilado a mí mismo, más allá de todo aquello que puede decirse y comprenderse, guste tu amor¹.

Es un modo de decir que el desierto camaldulense, como el desierto de la cartuja, consiste no solamente en vivir *para* Dios, en vivir *con* Dios, en vivir *en* Dios, sino más bien en *vivir a Dios*, única explicación posible de aquella forma eminente de existencia sepultada que es la reclusión, de la que hasta hace poco tiempo todavía teníamos un ejemplo en el corazón de Roma en la persona de sor Nazarena (1907-1990), o incluso hoy en nuestro hermano Juan María en Monte Rúa.

Los encuentros de mi amigo versan sobre algunos aspectos importantes de la experiencia de la vida oculta en Dios: el significado de la celda solitaria, la oración siempre más interiorizada del eremita, el trabajo invisible del pobre, las lágrimas de arrepentimiento y de conmoción —“lo más del ornamento del solitario”—: realidad toda vivida con los hermanos ermitaños en el corazón misterioso de la iglesia y del mundo, y como algo esencial de la alegría misma de Dios.

Luis-Alberto Lassus, O.P.

¹ Adaptación en lengua moderna de Pablo Giustiniani, *Secretum meum mihi*, Sacro eremo tuscolano de Frascati 1941, p. 53.

LA PARADOJA DE LA VIDA OCULTA

No hace mucho tiempo, en los países comunistas, los mass media no hablaban nunca de terremotos, inundaciones, descarrilamiento de trenes, catástrofes de toda clase y de tragedias parecidas. Tales sucesos estaban considerados como una falta de confesión del dogma entonces imperante según el cual el hombre soviético debía necesariamente tener bajo control todos los eventos del planeta. Desde el momento en que el ideal de una sociedad de aquel género se centraba en el suceso y el hoy se presentaba siempre como un claro respeto por el pasado, cada desastre debía estar oculto, negado. Las catástrofes sólo ocurrían en los países capitalistas.

También, las sociedades en las que vivimos están profundamente dominadas del mismo ídolo del suceso, de la perenne juventud, de la eficacia obligatoria. El orgullo humano, que busca a todo coste hacer de menos a Dios y a sus leyes, es incapaz de dar un sentido a las miserias de la tierra e incluso simplemente sólo de aceptarlas. Es verdad que por nuestra parte en occidente estamos informados de las desgracias que nos suceden, bien sea por medio de la voz bien a través del periódico, la radio, la televisión, pero todo esto se da con una gran indignación, en un sucederse de protestas y de acusaciones.

En fin, los fallos no deben existir y es por esto que buscamos inmediatamente a los culpables que son los que las han provocado. Si algo no va bien, seguramente hay alguno que no ha hecho bien su deber y debe ser condenado. Incluso es difícil admitir, por ejemplo, que un terremoto no hubiera podido ser previsto y evitado. ¿Por qué “los responsables” no han hecho todo lo posible para evitar daños a los bienes y a las personas? Recientemente también han sucedido graves inundaciones y diversos alcaldes y gobernadores civiles están esperando para que se dictamine la causa que han interpuesto... Ciertamente, es verdad que a veces se peca de omisión, pero me parece que la única motivación de fondo de tan perversa búsqueda de culpables de todas nuestras desgracias sea a menudo la idea un poco extravagante de que el hombre deba ser el dueño absoluto de todo, naturaleza incluida. Admitir que algunas desgracias son “naturales” e inevitables equivaldría por lo tanto aceptar que la

condición humana está en una situación de fragilidad y, a fin de cuentas, de muerte.

En el pasado el cristiano aceptaba las desgracias, veía en las pruebas un medio del cual Dios se sirve tanto para castigarnos por nuestro errores, como para purificarnos y prepararnos para la eternidad. Hoy un desastre ya no es visto como un evento que llama en causa a la fe o como una invitación a abandonarse en las manos de Dios, sino únicamente como una instigación a la cólera. Ahora bien, la cólera presupone un enemigo para ponerlo como objetivo sobre el que desfogarse. La quiebra del hombre es un escándalo no se puede aceptar. A partir del momento en que ha querido liberarse de Dios, sin poderlo hacer realmente, ha tenido necesidad de sentirse en una posición vencedora y el éxito le parece más necesario que el aire que respira: sin embargo sabe bien que el “Éxito” no es un nombre de Dios, por lo menos no del Dios de la revelación cristiana. Pero en cada error hay una parte de verdad, y de este modo, cuando venga la hora de poner fin a la historia y se manifieste el Reino de Dios en todo su esplendor, cuando aparezcan finalmente “los cielos nuevos y la nueva tierra” (Is 65,17), entonces sí que se podrá decir que “Victoria” es el nombre de Dios.

El ídolo del éxito en nuestra humanidad herida se revela como una gran ilusión que busca enmascarar aquel enorme fardo que lleva el nombre de muerte. Las victorias humanas de la ciencia y de la técnica se desvanecen de frente a tal fardo: es el último enemigo, que será vencido por la resurrección de Cristo.

El deseo del éxito que está inscrito en lo más profundo de nuestro ser ciertamente en sí no es para nada condenable, visto que es el objetivo natural de todo tipo de empresas, aunque no siempre se consiga. El éxito de la existencia representa indudablemente un verdadero valor y algunas veces corresponde a aquello que en la tradición cristiana llamamos el “mérito”. Nosotros debemos “merecer” el cielo, aunque en realidad se trata de un don gratuito de Dios. Pero la realización personal es del todo compatible con el fardo a nivel natural: un enfermo, un desgraciado, un minusválido pueden tener una dignidad, un mérito, un valor moral superior al de aquellas personas que aparecen en las páginas de los grandes rotativos. El destino del hombre es aquel de convivir con los fracasos, pero también el de hacer un tesoro del sufrimiento, de hacerlo materia de la propia realización humana y divina, del propio “mérito”, de la propia salvación y de la propia gloria. El cristianismo, en cuyo corazón se alza la cruz gloriosa, no es, a diferencia del Islam, una religión del “éxito”, y es ciertamente una tentación aquella de quienes entre nosotros quisiera fundar el reino de Dios ya en nuestra

tierra. Pero atención: se trata precisamente de aquella tentación que Jesús rechazó en el desierto, al inicio de la predicación evangélica.

“El reino de Dios no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal que hará descender desde el cielo a su Esposa”, dice el *Catecismo de la Iglesia católica*². Tal es nuestra esperanza.

Todas estas reflexiones sobre el éxito y el fracaso pueden aparecer muy lejanas de nuestra vida concreta en el yermo. Pero no es verdad que no llevan a nada. Y no es difícil sacar algunas lecciones importantes, de extrema utilidad.

La primera: nuestra marcha al yermo representa una elocuente contestación de la mentalidad corriente. Nuestra vida solitaria es no sólo la renuncia a la artificiosa existencia mundana basada en la apariencia y la eficacia, sino que también nos aparta de la visibilidad y del hacerse notar entre los hombres ocultándonos entre las montañas o en medio de los bosques, en el interior de nuestras celdas, de tal modo que vivimos verdaderamente inmersos en un completo anonimato. Jesús nos ha puesto en el corazón esta insatisfacción, esta nostalgia de la vida oculta, lejos de las competiciones de la vida mundana, con el fin de que crezcamos, día tras día, en la verdad de nuestro ser hombres e hijos de Dios, cueste lo que cueste. Y nosotros hemos dicho sí, un sí que repetimos incansablemente a lo largo del camino, a pesar de nuestra fragilidad y la seducción siempre posible de lo artificioso, de lo útil y de lo rentable. Pedro Damián enseña:

*Por lo tanto, día tras día el ermitaño se encierre con alegría en la angosta celda del propio desierto, para que le sea preparada en el cielo una inmensa morada. Se acoja hoy a la soledad de los bosques en el temor del Señor para gustar la verdadera libertad. Viviendo pacificado en Cristo, se haga extranjero para este mundo, no solamente en el cuerpo sino en el corazón, según la recomendación del apóstol Juan: “Hijos, no améis al mundo, ni las cosas del mundo. Si uno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn 2,15). Así podrá íntimamente y familiarmente adherirse a su Dios. Muerto, vivirá lejos de los lazos de aquí y reposará deseando únicamente a su Creador como si estuviese ya en la tumba. Su vida, completamente oculta en Dios, resplandecerá cuando Cristo aparezca todo radiante de su gloria*³.

² *Catecismo de la Iglesia católica* 677, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1992, p. 188.

³ *Die Briefe des Petrus Damián*, a cargo de K. Reindel, 4 voll., München 1983-1993 (Monumenta Germaniae Historica); carta 165, vol. IV, pp. 225.

Al mismo tiempo Pedro Damián hace observar, naturalmente, que la vida escondida que Dios ha elegido para nosotros se yergue como paradoja en el corazón de este mundo agitado y lacerado como un signo de libertad y un camino de salvación. Se piense en la enseñanza de nuestro beato hermano Pablo:

Ciertamente un anuncio fuerte y eficaz del reino de Dios es aquel de quien como Cristo puede afirmar: “Mi reino no es de este mundo”. Éste grita no con la boca, sino con todo lo que es: “Yo no tengo una ciudad permanente en este mundo; no quiero tener en esta vida ni padre, ni madre, ni parientes, ni amigos. De hecho espero del cielo otra ciudad que no está hecha por la mano del hombre porque aspiro al reino de Dios, en este espero y hacia este corro”⁴.

He aquí otra enseñanza. Probablemente estemos todos de acuerdo con nuestros antiguos padres los cuales, fuertes de la propia experiencia, no nos ocultan las dificultades de toda clase que el ermitaño puede conocer en el curso de su aventura de amor. La celda de yermo se identifica con el horno de Babilonia. El ermitaño conoce más que cualquier hombre la propia debilidad, la fragilidad, las indecisiones, la pereza que hace tocar con la mano hasta que punto es difícil vivir en el desierto, día tras día, “armas en las manos”, como dice Teresa de Lisieux. Todo esto corre el riesgo de llevarnos al desánimo, si hemos sido contaminados por el virus del éxito. De aquí vienen tantas renunciaciones de hermanos que, después de años de vida en el desierto, toman su capa y retornan en el mundo, o bien —lo que puede ser peor— caen de forma desoladora en la negligencia, en la mediocridad y en la mala tristeza. ¡Qué urgente es hacer cuentas con los fallos diarios, las pruebas y la aparente derrota de nuestra vida! Todo esto, si es vivido a la luz de la cruz de Jesús, en la humildad, en la paciencia y en la súplica (“¡Ayúdame, ayúdame!” gritaba nuestra hermana reclusa Nazarena), no puede que transformarse en gloria, pero se necesita tiempo, tenacidad, apertura a la llamada del yermo y del Amor.

Es significativo que nuestra iglesia eremítica de Montecorona, como la de Camaldoli, esté consagrada al misterio de la Transfiguración, pero para que el sol de Jesucristo pueda al final brillar sobre el rostro de aquellos que aceptan morir para vivir, antes el grano de trigo debe ser enterrado en la tierra y el ermitaño en su vida.

⁴ Bienheureux Paul Giustiniani, *Livre de vie des solitaires et des reclus* 15; en *Lettre de Ligugé* 253 (1990), pp. 53-54 (tr. Parcial del francés de la *Regola della vita eremitica*).

LA CELDA SOLITARIA, NUESTRO AMBIENTE DIVINO

*Entra en tu habitación más apartada
y cierra cuidadosamente la puerta (Mt 6, 6)*

Sabemos bien que la arquitectura de nuestros yermos se diferencia netamente de la de un monasterio benedictino o cisterciense y también de la de una cartuja. La diferencia consiste principalmente en la ausencia del claustro y en el acercamiento la una a la otra de un cierto número de celdas solitarias con su huerto que, unidas a la iglesia, al capítulo, al refectorio y a los servicios comunes, constituyen nuestro universo, el lugar en que vivimos, confiriendo al yermo el típico aspecto de un pueblecito o, si se prefiere, de una laura de Palestina. Esta disposición se remonta al mismo Romualdo. Como cuenta el beato Rodolfo en las *Constituciones breves de Camaldoli*, escritas entre el 1080 y el 1085:

Guiado por el Espíritu Santo, Romualdo hizo construir cinco celdas en las que hizo entrar a cinco hermanos, uno de los cuales fue nombrado prior de los otros cuatro. Les dio como regla el ayuno, el silencio y la perseverancia en la celda.

Lo que distingue un yermo romualdiano es la celda con cuatro habitaciones y un corredor en medio, el oratorio en que el ermitaño puede celebrar la misa solo y que es, naturalmente, el Santo de los santos de la pequeña casa, el lugar de la vida oculta del solitario. Camaldoli, como Fonte Avellana, se propone ser una colonia de ermitaños, un “campamento de Dios”, según la bella expresión de Pedro Damían⁵. Sí, es justamente la celda solitaria el elemento que, en la tradición se remonta a Romualdo, concurre a definir, a plasmar y a dar visibilidad al hermano ermitaño que la ocupa. He aquí el porqué, según el cardenal-ermitaño, discípulo atento y amante de Romualdo, son ermitaños aquellos que aman la celda, que “habitan en las celdas” y “están colmados al vivir en la celda”⁶. Así también

⁵ Cf. Pedro Damían, *Lettere* 28,46, a cargo de G. I. Gargano y N. D'Acunto, Città Nuova, Roma 2000, vol. II, p. 145.

⁶ Pedro Damían, *Lettere* 50,9, vol. III, p. 149.

“cada ermitaño habita una celda separada de las otras, de la cual sale sólo para los actos de la comunidad y para las necesidades espirituales y materiales suyas o del yermo”⁷.

Emerge de estos textos y de otros muchos que el hecho de “quedarse sentado en la celda” constituye una exigencia absoluta de nuestra vida, la condición indispensable y beata de nuestro “retiro”, de nuestra “vida oculta”. “Nada hay en el yermo más conveniente y más necesario a aquellos que practican la vida solitaria y eremítica que estar en la celda, sentados y en silencio”⁸. La “custodia de la celda”, es decir el hecho de que se transcurra la mayor parte de la jornada, nos da el “derecho” de llamarnos ermitaños, aunque vivimos con nuestros hermanos. En efecto, como sostiene en su canto Pedro Damían,

Como es propio del presbítero ofrecer el sacrificio (celebrar la misa), del doctor predicar, es deber del ermitaño conservar la quiete en el silencio y en el ayuno⁹.

El ermitaño no deje la propia celda si quiere llevar en paz el yugo del Señor. Tal retiro vivido de un modo continuado llena al alma de luz¹⁰.

Algunos de nosotros hemos conocido al padre Odón, que fue superior durante los años difíciles de la segunda guerra mundial. El decía:

El espíritu de nuestra familia eremítica es como una flor virgen. Si no se custodia celosamente, si el ermitaño se mantiene lejos de las pretensiones peligrosas o simplemente inútiles para custodiar la propia soledad, la flor se marchita, se seca y muere.

Por otra parte la institución de un eremitismo vivido por una multiplicidad de personas ha sido siempre una empresa de equilibrio frágil, y esto explica el hecho que en el curso de los siglos los ejemplos de fundaciones de tal género hayan sido poco numerosos y realmente han durado sólo en la orden venerable de los cartujos, además de la nuestra. Ahora bien, nuestros antiguos padres decían justamente que transformar el yermo en un monasterio equivale a pasar del monasterio a la vida del mundo.

Si queremos custodiar y desarrollar nuestro carisma unido a la persona de Romualdo (y tenemos el deber delante de Dios, de la

⁷ *Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona II*, Yermo de Monte Rúa 1990, p. 101.

⁸ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica* (trad. al italiano parcial), Yermo Monte Rúa 1984, p. 79.

⁹ Pedro Damían, *Lettere* 50,13, vol. III, p. 153.

¹⁰ *Die Briefe des Petrus Damían* 165, vol. IV, p. 211.

Iglesia y del mundo), es necesario que nos empeñemos con seriedad y generosidad en encontrar —como sea necesario— acrecentar el significado y el valor de nuestra celda solitaria. No porque sea la única dimensión de nuestra vida, sino porque es la más específica y la más sujeta al riesgo de ser descuidada. Se piense en la aventura del desafortunado Teuzone, que se fue a hacer vida eremítica en plena Florencia. Inevitablemente es la catástrofe del ermitaño, este buen hombre vestido de monje, al final no queda más que el nombre...y la barba!

Para hacer posible y garantizar la permanencia del ermitaño en su celda ha existido hasta hace pocos años la institución de los hermanos conversos, los cuales estaban menos ligados que los hermanos clérigos a la celda, se hacían cargo de la mayor parte de los asuntos materiales del yermo con su trabajo manual, a menudo fatigoso, pero cumplido con amor, por vocación, al servicio de la vida contemplativa de los ermitaños propiamente dichos. Por diversas razones, en el espíritu de la reforma pos-conciliar, en nuestra familia eremítica hoy no figura esta bipartición de la vida camaldulense. ¡Era una verdadera apuesta! El capítulo general que tomó la decisión de eliminarla puso fuertemente en peligro el clima contemplativo del yermo. Y ciertamente no hemos tardado mucho en darnos cuenta. El imperativo de la soledad en la celda vale para todos los hermanos ermitaños, que sean clérigos o no, pero al mismo tiempo está la obligación para todos de participar integralmente a la liturgia de las horas y contribuir en todos los encargos del yermo y en cada trabajo, al servicio del bien común. La decisión audaz y difícil de unificar de tal modo clérigos y conversos puede y debe ser considerada como un evento del todo positivo desde muchos puntos de vista. Todavía, para ser sinceros, no podemos dejar de constatar como han nacido dificultades reales: ¿cómo custodiar y vivir auténticamente los aspectos característicos de nuestra vida solitaria, y de modo particular la fidelidad a la celda, a su paz silenciosa, a la oración continua que ahí se desarrolla?

Así, por ejemplo, desde el momento en que el trabajo viene desarrollado la mayor parte del tiempo al exterior, actualmente los ermitaños están mucho menos tiempo en sus celdas en soledad. Pero lo que es extremadamente peligroso es que así nos habituamos fácilmente a vivir fuera. Se trata de una tentación muy conocida por los antiguos y por nuestros primeros padres; es necesario asumir toda una nueva psicología en confrontación a este lugar terrible y sagrado en que Jesús nos espera de verdad para hablar a nuestro corazón y donde, poco a poco, día tras día, el hombre se deja trabajar por el Espíritu Santo para llegar a ser desierto, *capax Dei*, en grado

de acoger toda la plenitud de Dios. El ermitaño, aunque si la celda no es un absoluto, debe estar habitado por el deseo de alcanzarla lo más rápido, una vez que el servicio pedido le ha obligado a salir. Es por lo que nuestros padres antiguos afirman que “la celda dejada por breve tiempo se debe buscar con mayor avidez; quien la abandona por mucho tiempo a menudo se olvida”¹¹. Pienso en nuestro querido cardenal-eremita, Pedro Damián, a menudo apartado de la soledad por Ildebrando, su “santo Satanás” al servicio de la Iglesia. Lo que ha salvado su vida contemplativa es justamente la profunda devoción que tenía por su celda de Fonte Avellana, que lo llevaba a confesar de modo admirable:

*Justamente como sucede a un enfermo que, entrando en un posada, viene curado de su languidez y de sus males antes de tomar cualquier cosa, así me ha ocurrido a mí. Apenas me he encontrado cerca de mi celda, si tener necesidad de abrir uno u otro libro, sino que –¡oh, maravilla!– por la virtud misma del lugar, me he sentido sano y salvo, curado de todas mis heridas. He vuelto a tener la salud encontrando los santos libros, aunque todavía cerrados, como si me encontrase delante de un vaso que contuviera el remedio de mis males y yo fuese abrazado por el perfume de aquellas plantas aromáticas*¹².

Por lo demás es sabido que todas las veces que Pedro Damián volvía a la propia celda abrazaba la puerta como si se tratara de su propia esposa.

Cierto, no es necesario hacer de la propia celda solitaria un absoluto. El mismo Pablo Giustiniani pensaba que era perfectamente adaptado a nuestro tipo de vida lugares que no preveían la existencia de celdas separadas a causa de lo exiguo del terreno, como el yermo de san Jerónimo de Pascelupo o las Grutas de Massaccio. Y Lucas de España, autor de la primera historia de los eremitas camaldulenses, escrita en el año 1587, describiendo el yermo de Monte Corona, recientemente construido, escribe que las vocaciones eran tan numerosas que se veían obligados a poner dos o tres ermitaños por celda en espera de construir nuevos yermos. Y las crónicas afirman que aquellos hombres se hicieron verdaderos contemplativos y verdaderos santos. Esto nos hace pensar que la espiritualidad de la celda puede ser vivida de diversas formas, pero al mismo tiempo va confirmado con fuerza que la celda solitaria de nuestra tradición camaldulense, que es aquella de las lauras, favorece al máximo grado la plena unión con Dios y evidentemente

¹¹ Beato Rodolfo, *Regla 37*, cit. en *Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona* 29, p. 109.

¹² *Die Briefe des Petrus Damián* 100, vol. III, pp. 102-103.

merece ser objeto de nuestra preferencia y de nuestro más alto deseo.

Pero quisiera ahora fijarme en una observación oída a veces de los labios de algún hermano y que me recuerda la postura de algunos de nosotros, a menudo más inclinados a pasar los “momentos libres” junto al tabernáculo eucarístico de la iglesia del yermo en vez de permanecer ocultos en el secreto de la celda. Ciertamente, es posible que nos encontremos con alguno que llora por no poder quedarse más tiempo en la iglesia para adorar al Señor. La sensibilidad espiritual de cada uno es muy personal y debe ser respetada lo más posible. También los teólogos pueden ayudarnos para ver más claro, afirman que el fin particular por el que Jesús ha querido hacerse presente en la eucaristía no es tanto la adoración de los creyentes sino la unión íntima con todos y con el cristiano en la santa comunión. En resumen, Jesús viene a hacer de cada uno de nosotros el lugar privilegiado del encuentro con la Santísima Trinidad: “Si alguno me ama —nos dice— observará mis palabras y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). Por lo que el recogimiento de la celda puede con mayor razón hacernos entrar progresivamente más en armonía con aquella misteriosa y beata presencia en nosotros de la Trinidad. No se trata de hecho de una reacción anti-eucarística, sino de una seria toma de conciencia de la formidable riqueza que tenemos los bautizados, incesantemente renovada y confirmada por la comunión en el cuerpo y sangre de Cristo. Pues bien, el permanecer en aquel lugar divino que es la celda silenciosa, despojada, austera, no puede sino favorecer una estrecha, estable y constante unión con Dios. Ciertamente, nuestras observancias son bastantes elásticas para permitir elegir entre ir a postrarse delante del tabernáculo o permanecer oculto en la celda, pero naturalmente este último modo está más en sintonía con nuestra vocación eremítica. He aquí la razón, por ejemplo, por la que no es habitualmente permitido hacer la *lectio divina* en la iglesia: con el paso del tiempo la celda correría el riesgo de ser considerada como un lugar profano, en el que se come y se duerme, y no el “locutorio del Espíritu Santo”, como lo llama justamente Pedro Damián.

Cuando me encuentro solo en la celda comprendo que a cada instante soy sostenido, perdonado, llamado por Dios, y al mismo tiempo que pertenezco a los hermanos, a la Iglesia, al mundo que sufre, del mismo modo que también ellos me pertenecen en la luz de la fe y en la fuerza del amor. Ciertamente, una educación es necesaria. La celda se descubre poco a poco, nos desvela su misterio cada vez un poco más, pero con la condición de que se persevera en ella. A primera vista parece cerrada a los horizontes de la tierra, pero en

realidad siempre nos hace penetrar más profundamente en Dios, por lo tanto en el centro de la historia de los hombres. Si los ancianos repiten muchas veces que la celda enseña todo, justamente esto vale a condición de que el ermitaño persevere en ella. Con su buen sentido ellos pensaban que humanamente la vida solitaria no podía satisfacer a nadie: es por lo que Guillermo de Saint-Thierry puede decirnos con sabiduría: “Soledad y reclusión son palabras de miseria”.

Por este motivo, aquellos que tienen intención de abrazar definitivamente nuestra vocación deben hacer una experiencia lo suficientemente prolongada de este modo de vivir. Aunque si nuestra Regla nos permite verdaderos y propios momentos de distensión, también el año litúrgico nos ofrece toda una variedad de fiestas y tiempos fuertes, todo ellos no puede eliminar la pobreza de fondo, la sobriedad y la privación de cada día. Es entonces cuando se manifiesta el fundamento del elogio de la vida solitaria dejado por Pedro Damiano:

Y qué más diré de ti, oh vida solitaria... Te conocen sólo aquellos que te aman, saben proclamar tus alabanzas sólo aquellos que se reposan felizmente en el abrazo de tu amor... También yo me confieso inferior a tu elogio, pero una cosa se de cierto, oh vida bendita, y lo afirmo sin vacilar: ciertamente habita en ti quien busque perseverar en el deseo de tu amor, pero es Dios quien habita en él¹³.

Nosotros somos de la misma raza que la de los hermanos de Camaldoli, de Montecorona, de la de todos nuestros grandes yermos que han sido lugares de un gran amor silencioso vivido en lo oculto.

¹³ Pedro Damiano, *Lettere* 28, 52-53, vol. II, p. 151.

EL HOMBRE TRANSFORMADO EN ORACIÓN: LA VIDA OCULTA EN DIOS

Cuando hablamos de nuestra vida a los que raramente visitan nuestros yermos, sucede con bastante frecuencia que nos pregunten: “¿Cuántas horas de oración tenéis al día?”. Yo he tomado el hábito de responder: “Veinticuatro horas sobre veinticuatro”. Por lo menos debería ser así. Y añado que para cada cristiano vale el mandamiento del Señor: “Orad en cada momento” (Lc 21, 36).

Sí, efectivamente la “especialidad” del ermitaño, su “obra”, es precisamente esta oración pura y continua de la que habla Juan Casiano, y que nos lo presenta como el fin de toda vida monástica. Es la contemplación, es la irrupción del Reino o mejor, según el pensamiento de Pablo Giustiniani, el ingreso en el Reino. Nosotros lo percibimos bien y mucho más que la vida con Dios, de la vida para Dios, es el vivir en Dios, el vivir Dios. Se piense en aquello que Tomás de Celano dice de san Francisco:

No era tanto un hombre que reza, sino que era el mismo todo transformado en oración viviente¹⁴.

Tal es el sueño del ermitaño, el resultado de toda una vida de fiel sumisión al Espíritu Santo, que es el “portero del Reino”.

Con la libertad habitual con la que se expresaba nuestra hermana reclusa Nazarena nos lo recuerda de modo bastante contundente:

En una orden contemplativa como la nuestra, los contemplativos deberían ser la norma, no la excepción¹⁵.

Se necesita formar para la contemplación. De otro modo la jaula camaldulense será habitada no por audaces águilas destinadas para volar alto, sino por pequeñas palomas pacíficas, pasivas, incapaces de

¹⁴ Tomás de Celano, *Vita seconda di san Francesco d'Assisi* 95, en *Fonti Francescane I*, Movimento Francescano, Assisi 1977, p.630.

¹⁵ Sor Nazarena, *Lettera* 10 (del 1956, al padre espiritual), en *Oltre ogni limite. Nazarena monaca reclusa, 1945-1990*, Piemme, Casale Monferrato 1993, p. 83.

*volar con fatiga no más de un metro de la tierra, para recaer al instante cansadas y pesadas sobre la tierra*¹⁶.

Nazarena ha sabido entender con audacia que la finalidad de un yermo no es ni la penitencia, ni el trabajo, ni la clausura, sino justamente esta vida en Dios, este vivir Dios que es en la lógica de nuestro bautismo y del loco deseo que nuestro Dios tiene de comunicarse con nosotros para divinizarnos, en el sentido más profundo del término.

Tres textos pueden ser de gran ayuda para focalizar esta contemplación de Dios y conferirle su bella cualidad cristiana. Sobretudo una palabra del Deuteronomio, que en otras partes aparece constantemente en la enseñanza bíblica: “Recuerda...” (Dt 8,2.18 y *passim*); en segundo lugar la recomendación de Jesús: “Vigilad y orad en cada momento” (Lc 21,36); y finalmente la sublime invitación del discurso de Jesús en la última cena: “Permaneced en mí... permaneced en mi amor” (Jn 15, 4.10)

“Recuerda...”. Los maestros de la vida espiritual insisten mucho, en la línea del Deuteronomio y de los profetas, en la urgente necesidad de custodiar la memoria de Dios y de las maravillas de su misericordia hacia nosotros. Somos todos unos desmemoriados, unos “distraídos”, dispersos en la multiplicidad de las cosas y de las actividades terrenas, tan poco atentos a Aquel que, sólo es, en el que tenemos nuestro ser, la vida y el movimiento (cf. Hch 17, 28), que nos inunda con su presencia de inmensidad, cierto pero todavía más en lo profundo de alma con su presencia de amor.

*El olvido –escribe Gregorio el Sinaita– ha llevado a la ruina el divino recuerdo que existía desde el principio, obscureciendo los mandamientos, y ha dejado de esta manera al hombre desnudo de todo bien*¹⁷

Y en la Escritura leemos:

Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto... si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido... No se gasto el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a lo largo de esos cuarenta años (Dt 8, 2-4).

¡Porqué nosotros olvidamos toda esta historia de la misericordia a favor de la humanidad y la dejamos caer también esta en el olvido! ¡Tenemos el “deber de recordar”! Es por esto que hemos puesto

¹⁶ *Ibid.*, p.108.

¹⁷ Gregorio Sinaita, *Utilissimi capitoli in acróstico* 17, en *La filocalia III*, a cargo de M. B. Artioli y M. F. Lovato, Gribaudo, Turín 1985, p. 534.

distancias a la distracción, de la gran cabalgada carnavalesca de los hombres, nos hemos escondido en el desierto para llegar a ser hesicastas, hombres de la interioridad, hombres unificados en lo íntimo y pacificados para vivir, sobre el ejemplo de san Benito, “bajo los ojos de Aquel que de lo alto nos mira... vigilando siempre sobre nuestro corazón, siempre viéndose delante de los ojos del Creador”¹⁸.

Es por esto que para custodiar constantemente esta memoria de Dios que nos dedicamos diariamente a la *lectio divina*, que vivimos en el interior de aquella tienda del encuentro de la que habla el libro del Éxodo, donde Dios se relacionaba con su siervo Moisés, hablándole cara a cara, boca a boca, “como un hombre a su amigo” (Ex 33,11). El ermitaño camaldulense es el hombre de la Biblia, como lo fue san Romualdo, como el beato hermano Pablo nos pide que lleguemos a ser. Escribe Pedro Damían:

*Tened siempre estas páginas [de la Biblia] entre las manos. Vuestro corazón esté constantemente ocupado en la lectura de los divinos volúmenes. Habitadla, hacedla vuestra morada, perseverad con tenacidad, una tenacidad vigilante y sin parada*¹⁹.

*Penetremos incesantemente siempre más y más en profundidad en los campos de la Palabra, moviéndonos en ella con alegría. Se puede correr en plena libertad a través de los espacios de los textos sacros. Gracias a las intuiciones de la inteligencia mística podremos más aun acceder, en cierto modo, hasta las cimas de las rocas más arduas de escalar. Allí gozaremos de la dulce conversación de los santos, de la alegría serena del banquete eterno*²⁰.

¿Quién de nosotros, después de algunos años de constante exploración de las “joyas del Espíritu Santo” no gusta algo de aquella suerte del encanto divino? “Ah, como es bello nuestro Dios! – *O bonitas!*”

He aquí el segundo texto propuesto; son palabras del mismo Señor: “Vigilad y orad en todo momento”. Me pregunto si tomamos en serio nuestra condición de viandantes, de peregrinos, de nómadas de Dios y, por lo tanto, de centinelas que vigilamos en este mundo efímero, que tiene el derecho de preguntarnos: “Centinela, ¿cuánto queda de noche?” (Is 21, 11). Tal situación de hecho representa una constante llamada a ser siempre más, en todo nuestro comportamiento, de hombres libres como lo son los nómadas, pero al mismo tiempo cambia nuestra mentalidad, que deviene aquella de hombres en espera, en estado de vigilia, que no duermen más que un poco y también, como hacían nuestros antiguos padres, se levantan

¹⁸ Gregorio Magno, *Diálogos* 2,3,5-7, Ciudad Nueva, Roma 2000, p. 147.

¹⁹ *Die Briefe des Petrus Damían* 166, vol. IV, p. 232.

²⁰ *Die Briefe des Petrus Damían* 165, vol IV, p. 229.

en el corazón de la noche para apresurar el retorno, implorar la hora —“¡Ven, Señor Jesús!”— y están prontos para acoger al Señor cuando venga. Los antiguos monjes, como nuestros primeros hermanos cristianos, invocaban con insistencia el advenimiento del reino de su amado Señor, y tal espera era como un ministerio eclesial. Vigilamos para custodiar el soplo vital de la Iglesia, tentada siempre de cualquier forma para buscar un puesto estable en este mundo. Su vida era una oración continua de frente a la inminencia del retorno de Jesús en la gloria.

La oración continua del ermitaño es igual que la respiración agitada de los animales sedientos, a veces furiosos por la sed, que anhelan alcanzar finalmente la fuente de agua viva. Pedro Damiano canta:

¡Qué sublime espectáculo cuando un hermano, encerrado en su propia celda, canta las salmodias nocturnas y, como un centinela delante de los campamentos de Dios, vigila como guardia de la noche! Él contempla en el cielo el curso de los astros, pero de su boca fluye la secuencia de los salmos. Y como surgen y tramontan las estrellas que, sucediéndose en sus órbitas, marchan hacia la luz del día, así la salmodia que procede de los labios del monje como de oriente, marcha poco a poco a su término casi al mismo paso de los astros²¹.

He aquí nuestro tercer texto: “Permaneced en mí... permaneced en mi amor”. En éste percibimos bien de estar en el corazón mismo de la oración continua del ermitaño. Esta es traducción, expresión interiorizada —por otra parte siempre más simple— de un amor que es comunión, plena adhesión, participación de la fiesta trinitaria. La palabra “permaneced” es, como se sabe, un término característico de la teología de san Juan. Nos indica, queriendo ser precisos, la situación del niño en el vientre de la madre. No se trata simplemente de una presencia ante Dios, sino de una estrecha y permanente dependencia vital. Tal es la adhesión íntima y permanente del alma del ermitaño a Dios como fundamento ontológico de la oración continua: “Yo en ti, tú en mí”, hasta llegar al solo “Tú” de san Francisco de Asís o de nuestro hermano Pablo Giustiniani. Alguno de nosotros quizá recuerda el mensaje de Pío XII del 26 de julio de 1958: “Este es el corazón de la vida contemplativa: vivir en Dios por el amor con el fin de que Dios viva en nosotros”. Y el Papa añadía: “Nuestra vida cotidiana no tiene otro fin que aquel de introducir nuestra mente y nuestro corazón en una unión siempre más íntima con el Señor”.

²¹ Pedro Damiano, *Lettere* 28, 48, vol. II, p. 147.

Modelo de una oración de este tipo, sin palabras, que no consiste en nada más que vivir en dios, es sin duda el mismo Jesús: “¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y tú no me has conocido, Felipe? ... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” (Jn 14, 9-10). Ahora por gracia, también nosotros, en calidad de amigos y hermanos, participamos en tal intimidad: “Tú siempre estás conmigo y todo lo que es mío es tuyo” (Lc 15, 31). De esta manera el ermitaño entra en esta oración continua de Cristo, en este continuo flujo y reflujo de amor en el Espíritu Santo. “El Espíritu — escribe san Pablo— viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rm 8, 26). Pues bien, nosotros que somos ermitaños, o que queremos llegar a ser verdaderamente, somos los privilegiados de Dios.

Si es verdad que el lugar de la oración es, para cada uno, su ambiente de vida, el yermo es aquella tierra de elección por antonomasia donde se puede no solamente vivir para Dios, vivir con Dios, sino vivir a Dios. La soledad y la separación del mundo, unida al silencio que envuelve nuestras vidas, son las condiciones más favorables para vivir en el recogimiento profundo. Se añada a esto también la presencia de nuestros hermanos ermitaños, en la medida en que todos y cada uno de ellos tomados singularmente, son animados por el mismo deseo de unión con Dios y buscan en plena verdad y simplicidad su rostro. Casiano llega a decir que el fin supremo al que tiende el monje, el culmen de la perfección de su corazón, es la unión de éste con el Señor²². Quizás no es superfluo afirmar que nuestro trabajo, que a veces es intenso, en sí no es para nada un obstáculo a esta continua y pura oración de vigilancia y de amor. Más que las actividades materiales, que a menudo nos son de ayuda para encontrar a Dios, para estar con Él, están los “pensamientos” que nos asaltan lo que nos impide orar. Es por lo que nuestro padre Romualdo recomienda: “Echa de la memoria el mundo entero y arrójalos detrás de las espaldas, vigila tus pensamientos como el buen pescador vigila los peces”²³. La imagen usada por Romualdo es recurrente en la tradición, como es sabido. Así, leemos en la *Scala paradisi* de Juan Clímaco: “El monje vigilante es un pescador de santos pensamientos, es hábil para divisarlos en la tranquilidad de la noche, y para recogerlos”²⁴. Por su parte Evagrio afirma que “se trata de discernir los pensamientos que nacen en nuestra cabeza y que en sí mismos se orientan a la oración

²² Cf. Juan Casiano, *Conferencias a los monjes* I, 7, a cargo de L. Dattrino, Città Nuova, Roma 2000, vol. I, pp. 69-70.

²³ Bruno de Querfurt, *Storia di cinque compagni*, a cargo de E. Arborio Mella, Qiqajon, Bose 1984, p. 114.

²⁴ Juan Clímaco, *Scala paradisi* XX, 119, a cargo de P. Trevisan, SEI, Turín 1941, vol. II, p. 28.

pero que están mezclados con pensamientos malos”. Depende de nosotros en gran parte que determinemos la cualidad de nuestros pensamientos y discernir si pueden de verdad encontrar hospitalidad en nuestro corazón. De hecho es en lo íntimo del corazón donde se revela la calidad de nuestro pensamiento y de nuestra oración. Ora continuamente aquel que mantiene el corazón y la imaginación libres de pensamientos de cólera, crítica, sospecha, amargura, desprecio del hermano... Nadie puede vivir en unión con Dios si, por ejemplo, sus relaciones fraternas están continuamente en conflicto o manifiestan un frío desinterés. La caridad fraterna, la humildad y la obediencia son tan importantes como la silenciosa soledad para conducir a buen fin nuestra vida contemplativa, ¡podemos estar seguros!

Escribe Tomás Merton:

Bien pocos son aquellos que se santifican en la soledad, bien pocos aquellos que alcanzan la plena madurez cristiana en una soledad absoluta. Vivir con otros, aprender a olvidarnos de nosotros mismos buscando comprender sus debilidades y sus defectos, puede ayudarnos para llegar a ser verdaderos contemplativos: no hay mejor medio para desembarazarse de la frialdad, de la dureza y de la chabacanería de nuestro egoísmo, que es un enorme obstáculo para la acción del Espíritu Santo y a la luz que éste infunde en nosotros. También la aceptación con coraje de pruebas interiores en una soledad absoluta no puede compensar del todo la obra de purificación que se cumple en nosotros en la humildad y en la paciencia amando a otros hombres que son nuestros hermanos.

Del mismo modo es superfluo recordar que a la oración no se llega inmediatamente. Hace falta tiempo, constancia, paciencia. La sabiduría de la tradición eclesial dice justamente que la oración es imposible si no hay un esfuerzo para orar en momentos determinados, que son tiempos fuertes en cuanto a la intensidad y a la duración de la oración. Y pienso que en esta perspectiva se debe individuar uno de los significados del *opus Dei*, que destaca en cada jornada pasada en el yermo. En sí mismo nuestro oficio litúrgico, celebrado con calma y sobriedad como lo han querido nuestros ancianos, es ya una oración continua; todavía sería equivocado retener que este fuera suficiente para adquirir el *habitus* del estar en Dios. Dios es todo, el único ofrecimiento que le es adecuado es aquel de la totalidad de nuestro tiempo. Retirándose en la soledad el ermitaño puede renovar la propia oración con mayor facilidad, aunque sin celebrar las horas canónicas. Estas últimas “deben ser consideradas como los pilones de un puente levantado en el curso

del tiempo. Puntos de apoyo que tienen solamente el fin de ayudar al camino que pasa por el río y une las dos orillas” (Adalbert de Vogüé).

Es sabido que este es uno de los aspectos que más llenan nuestros momentos litúrgicos delante de Dios y podemos comprender mejor el significado de una antigua observancia camaldulense, que nos viene referida del beato Pablo Giustiniani:

Se tenga como muy importante esto: dirigiéndose a la iglesia para la celebración del oficio divino, en el trayecto de camino que va de la celda a la iglesia o regresando a la celda después de la celebración, se observe un absoluto silencio. Saliendo de la iglesia, después de cualquier parte del oficio divino, aunque si en aquel tiempo no hay obligación del silencio, no obstante cada uno entre derecho en la propia celda en un total e inviolable silencio. A nadie le venga en mente, hablar con alguien o dirigir la palabra a otros²⁵.

Podría parecer una reglamentación de la vida que la complica inútilmente. En realidad quiere proteger el fin de nuestra vida eremítica, es decir la oración continua, el estar con Dios. Las horas canónicas son momentos de amor y de alabanza a Dios. Sería un contrasentido aprovechar para interesarse por cualquier noticia, por ejemplo, o discutir con los hermanos, aunque sea de cosas que interesan a la marcha del yermo. Si antes o después del oficio divino se cede fácilmente a las ganas de hablar, el efecto de este último será prácticamente nulo. Dudo que hoy sea para nosotros posible poner en práctica de forma puntual esta observancia, pero ¿por qué no probar?

Finalmente quisiera observar que si la oración continua representa el ideal de cada uno de nosotros singularmente o de todos en conjunto, llegar es esencialmente una gracia, un don maravilloso que Dios reserva en plenitud solamente a algunos: se trata de aquellos hermanos ermitaños que llamamos “hombres de oración”, me refiero a hermanos que no solamente rezan mucho y gustosamente, a veces también en la aridez y sin una particular satisfacción, pero sobre todo de hermanos profundamente señalados por el contacto asiduo con Dios y de irradiante fe, humildad, interioridad, serenidad y de aquella fiesta en lo más íntimo que resplandecía en el rostro de nuestro padre Romualdo. Doy gracias al Señor por haber podido descubrir en nuestros varios yermos hombres de este tipo, completamente transformados en oración. ¡Oh, si todos llegáramos a ser así! No puede ser sino fruto de una humilde tenacidad en el amor y de la acción transformante del Espíritu Santo que nos enseña a gritar: ¡Abba, Abba! ¡Padre, Padre!

²⁵ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, p. 82.

EL HOMBRE DE LAS LÁGRIMAS: HUNDIRSE EN LA MISERIA

Es una verdadera fortuna tener como maestro y amigo a un hombre que ha llorado mucho. Quizás sólo los niños y los santos lloran sin tener vergüenza. Y san Romualdo ha sido uno y otro al mismo tiempo. Un buen día se han abierto las cataratas mientras el hombre de Dios se encontraba en Parenzo y leía el Salmo 31:

*Te he confesado mi pecado,
no he escondido mi culpa;
he dicho: “Confesaré
mis ofensas al Señor”,
y tú has cancelado las culpas
de mi pecado²⁶.*

Ha sido un verdadero diluvio de lágrimas, de arrepentimiento y de conmoción. Lágrimas que continuarían a derramarse, sobretodo en el momento de la celebración de la misa, o también cuando “como un serafín de amor” él habla con Jesús. Las lágrimas han llegado a ser una de las características del ermitaño camaldulense, como cuenta Pedro Damiano²⁷o como se lee en las crónicas de los primeros compañeros de Pablo Giustiniani. Es importante recordarlo y más aun pedir con fuerza a Dios este don inestimable que forma parte de la gracia del desierto.

Podría parecer que nuestro camino de conversión, acercándonos cada vez más a Dios nos aleja en la misma medida de nuestro pecado y del pecado del mundo. Consecuencia lógica sería aquella de vivir solo experiencias de plenitud y de alegría. Pero, en realidad, las cosas no son así de simples. Ciertamente el ermitaño que progresivamente se acerca al Señor con toda su vida está menos sujeto para faltar al amor con el pecado, pero al mismo tiempo y paradójicamente, aprende siempre más lo que el pecado, suyo y del mundo, representan. Sí, cercanía de Dios y repudio del pecado aumentan o disminuyen juntos. Aquellos a los que llamamos “los

²⁶ Sal 32 (31), 5; cf. Pedro Damiano, *Vita di Romualdo* 31, en *Alle origini di Camaldoli. San Romualdo e i cinque fratelli*, a cargo de Th. Matus, Edizioni Camaldoli, Camaldoli 1996, pp. 151-152.

²⁷ *Die Briefe des Petrus Damiano* 153, vol. IV, pp. 37-39.

pecadores”, categoría de la que formamos parte, no comprenden de verdad hasta el fondo lo que el pecado representa, mientras los santos, como por ejemplo nuestro Pedro Damiano, se declaran profundamente “pecadores”, mendicantes de la misericordia de Dios que es santidad absoluta y que sobretodo es amor, arroja luz sobre nuestra innata impureza y sobre nuestras resistencias al amor, y en tal luz no nos podemos considerar más que indignos de él, justamente como el profeta Isaías en el momento de la visión en el templo: “¡Ay de mí!, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros” (Is 6,5). Y exclamamos como Pedro en el momento de la pesca milagrosa: “¡Señor, aléjate de mí que soy un pecador!” (Lc 5,8). Esto es tan verdadero que verse en la luz de Dios significa “medir el propio vacío y la propia imperfección”²⁸. Una experiencia de este tipo no puede sino reforzar nuestra relación con Dios: “Cuanto más intensa y profunda sea la llamada hacia Dios y la confianza con él, tanto más profundamente será sentida y experimentada la propia miseria e insuficiencia”²⁹. Recordemos la oración de Pablo Giustiniani:

Señor, yo no oso decirte: “Dame la luz para que vea tu luz”; me basta que me hagas ver mis tinieblas... Haz que me vuelva hacia mí mismo; en mi miseria me he alejado no solamente de ti, sino de mí mismo. Hazme conocer mis tinieblas, de modo que pueda ver la luz... Sí, yo te digo y te repetiré incesantemente: “Muéstrame a mí mismo, con el fin de que conozca mis pecados”³⁰.

Puede suceder que nos hagamos ideas equivocadas sobre la vida contemplativa a la que somos llamados en el yermo y que a grandes líneas esperamos hacer felices y agradables experiencias. En realidad, y no hay que hacerse ilusiones, nos preparamos al contrario para verificar —y quizás cuántas veces!— que hemos sido llamados al desierto sobretodo para ser humillados, para aprender y tener hambre. “¡Tú eres así!” Piénsese en ciertos apotegmas de los padres del desierto:

El diablo se manifestó a uno de los hermanos travestido de ángel de luz y le dice: “Yo soy Gabriel y he sido enviado a ti”. El hermano le responde: “Controla bien por si acaso no has sido enviado a algún otro hermano, porque yo soy absolutamente indigno”. Rápidamente el diablo desapareció.

²⁸ Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona 33, p. 111.

²⁹ *Idem*.

³⁰ Pablo Giustiniani, cit. en J. Leclercq, *Il richiamo del deserto. La dottrina del beato Paolo Giustiniani*, Paoline, Catania 1977, pp. 139-140.

Preguntaron a un anciano como algunos pueden decir: “Nosotros tenemos visiones de ángeles”... Responde: “Feliz más bien aquel que tiene incesantemente delante de sus ojos sus propios pecados”.

Y no se piense que el hecho de tener un sentido tan agudo del propio pecado sea un obstáculo para la vía de la contemplación. Al contrario, como lo recuerda tan bien Pablo Giustiniani:

Nada es más eficaz para encaminar al hombre a la oración que la conciencia de la propia miseria y el mal estar en que se encuentra por sus pecados. De hecho la mente humana, que se siente agravada y oprimida por tantos y tan variados males, es empujada necesariamente a la oración... Del conocimiento de sí mismo nacen la humildad y la verdadera humillación sin las que es imposible agradar a Dios... Yo no sabría decir con las palabras y con la pluma cuántas formas y cuántos modos de oración produzca la toma de conciencia de la propia miseria, pero estoy convencido que no hay mejor oración que aquella que logra sacar de los ojos humanos más lágrimas; lágrimas, digo, de compunción y lágrimas de deseo de la patria celeste³¹.

Cierto que se podrían hacer algunas objeciones, hoy más que nunca, a la oportunidad de cultivar un estado de ánimo de tal género. Por ejemplo la siguiente: la autenticidad, la sinceridad, la verdad son sin duda exigencias esenciales de nuestra relación con Dios; ahora bien, si yo no tengo el sentido del pecado, ¿debo obligarme del mismo modo a esta condición del espíritu que me es completamente extraña? ¿Debo cultivar artificialmente la angustia y el miedo frente a un Dios-verdad, para después consentir ser liberado de tales sentimientos del anuncio de un Dios Padre de las misericordias, plenamente disponible a perdonar? ¿De qué sirve tal calentura de cabeza?

Un ulterior interrogativo: ¿soy un monje desde hace poco por el solo hecho que no parezco corresponder a la definición clásica de aquel que “llora por sí mismo y por los hermanos”?

Son ciertamente preguntas serias que exigen respuestas adecuadas por parte de aquellos que las hacen a otros como a sí mismos. Los hombres, en general, son diferentes los unos de los otros. También los monjes. Puede suceder que en el yermo haya hermanos que no logran liberarse de un pasado más bien triste y otros al contrario parece que hayan sido preservados de todo pecado. Todavía la mayor parte se coloca en el justo medio entre estos dos extremos. Ahora, está bastante claro que a menudo no cedemos a la tentación justamente porque esta no se nos presenta, pero en tal

³¹ Pablo Giustiniani, *Trattato sull'orazione. Lettera a fra' Giuliano eremita*, también en Id., *Pregiera e perseveranza*, Yermo de Monte Rua 1983, p. 41

caso comprendemos que podemos ser pecadores sin haber cometido pecado. “Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, él que es fiel y justo nos perdonará los pecados” (1Jn 1, 8-9).

El hermano que no llega a ver en sí mismo este fondo de miseria, sus heridas inherentes a nuestra condición humana, debe esforzarse por alcanzar este bendito descubrimiento, evidentemente más con la oración que con la introspección. “Si tú no logras derramar lágrimas sobre tus pecados —dice Juan Clímaco—, illora al menos por no haberlo conseguido! Sí, tal revelación es fruto de una verdadera y propia gracia de Dios, que nuestros padres no vacilaban en pedir con insistencia, pidiendo al mismo tiempo el don de las lágrimas.

Las lágrimas quizás no han lavado a la prostituta de todas sus impurezas, ¿quizás no han permitido a manos impuras tocar no sólo los pies sino también la cabeza del Señor? ¿Quizás no han permitido al apóstol que ha renegado, no solamente no morir después de su culpa, sino de obtener la supremacía sobre todos los senadores de la corte celeste? Sí, estos purifican el alma de las manchas del pecado y confirman en la oración el corazón dudoso. Transforman la tristeza en alegría y, brotando de nuestros ojos de carne, nos orientan a la esperanza del cielo³².

Si es verdad que hoy asistimos a una alarmante pérdida del sentido del pecado debido a muchos factores, sería verdaderamente triste si monjes y ermitaños se dejasen contaminar por un virus tan malsano. Si el pecado existe, las posibilidades de no considerarlo ya como tal hoy son enormes, favorecido por un tipo de mentalidad que juzga con una cierta complacencia cualquier falta como normal y niega toda responsabilidad personal. Yo no creo que volver a poner a los adultos en la edad de los neonatos que “no saben todavía distinguir la mano derecha de la mano izquierda” sea una exaltación de la dignidad de cada uno. Es verdad que el pecado debe desaparecer, pero no con la disimulación y la interpretación, más bien con el arrepentimiento, la conversión del corazón y el perdón de Dios.

Es cierto que pueden existir falsas manifestaciones del sentido del pecado. El pecado en realidad no es la simple trasgresión de normas y preceptos establecidos, sino más bien la ruptura de una relación personal de amor. Se es pecador delante de Dios. En la confrontación de una ley impersonal no hay más que trasgresores. Ahora bien, en muchas personas se descubre un sentido de culpa

³² *Die Briefe des Petrus Damían* 153, vol. IV, p. 38.

morboso que no debemos confundir con la compunción del corazón. El verdadero sentido del pecado empuja a la oración de confianza, mientras que el sentido de culpa morboso la rechaza. El verdadero sentido del pecado es ya una liberación del mal, porque mientras se comete la culpa, o si no es antes de cometerla, somos conscientes del amor de Dios que perdona y transfigura.

El saber que somos pecadores, acompañado de una necesidad continua del perdón amoroso de Dios, contribuye enormemente a nuestro progreso en la vía de los mandamientos de Dios. En efecto hay una progresión en nuestro modo de corresponder a las exigencias de la santidad, no en el sentido de que ciertos mandamientos sean menos vinculantes que otros, sino en cuanto que nosotros somos personas en camino, que avanzamos por etapas. Normalmente no basta una decisión tomada de una vez para siempre para alcanzar inmediatamente la santidad. Es necesario avanzar sin pararse y sobretodo para no ir hacia atrás. Saber bien que somos todavía imperfectos, débiles, pecadores y aceptar esto buscando al mismo tiempo hacer mejor aquello que hasta ese momento estaba mal hecho: esto es en lo que consiste el realismo cristiano y la humildad, es “la puerta del cielo”, como la llamaban los antiguos. Nosotros debemos verdaderamente aceptar ser como el publicano, aunque estemos tentados de imitar al fariseo: “¡Oh Dios, te agradezco que no soy como los otros!” (Lc 18, 11). ¡Quisiéramos estar en regla como este último, pero tal situación es bastante abominable a los ojos de Dios! ¡Es preferible reconocer humildemente las propias miserias, como el publicano, y abandonarse a la misericordia de Dios! Silouan del Monte Athos dice una palabra profunda: “El hijo pide perdón por el pecado propio; el esclavo busca excusas”. Es propiamente el perdón pedido y obtenido aquello que nos hace tocar con la mano que somos estimados y amados, mientras el pretender ser ermitaños completamente seguros nos priva de tal alegría y nos encierra en el aislamiento. Ciertamente, es penoso reconocerse pecadores, todavía el conocimiento de nuestro pecado no es necesariamente una experiencia triste y descorazonadora. Al contrario, a menudo puede ser fuente de paz y de alegría. Un pecado reconocido y del cual se arrepiente, ¿no es quizás ya un pecado perdonado? Y si hay alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, ¿por qué esta alegría no debería habitar en el corazón de aquel que se arrepiente? Es por lo que también Juan Clímaco habla del *pénthos* que se transforma en alegría y las lágrimas de compunción de nuestro padre Romualdo en Parenzo se mutan en lágrimas de conmoción y de felicidad.

Pero quisiera señalar ahora una maravillosa consecuencia de conocer nuestro pecado en el ámbito de nuestra relación con los hermanos y de la compasión en la confrontación con el mundo del que somos responsables. La compunción del corazón no puede sino acrecentar la paz alrededor de nosotros, porque nos hace perder el deseo de criticar y condenar a los hermanos. Quien se sabe profundamente pecador “en primera persona” encuentra fuera de lugar ocuparse de los errores ajenos... Y si se ve obligado por su cometido, lo hace porque es su ministerio, pero siempre con misericordia, humildad, comprensión y compasión. Demasiado a menudo perdemos la paz porque damos una excesiva importancia a las trasgresiones de los hermanos o de los responsables del yermo. Queremos un mundo mejor, y tenemos razón, pero antes debemos pensar mejorarnos a nosotros mismos. Sólo quien conoce sus propios límites por experiencia puede eficazmente pensar en mejorar el ambiente en el que vive. De otra manera se arriesgaría a acrecentar el mal y la confusión.

Vienen a la mente las palabras de Juan Pablo II: “Encontrar el justo sentido del pecado es de gran importancia para afrontar la grave crisis espiritual que el hombre de nuestro tiempo padece”. Ciertamente está claro que nuestra vida en Cristo, vida que vivimos en lo profundo, no se reduce a esto. Hay otros tantos aspectos y mucho más importantes, pero de todos modos la compunción del corazón queda siempre como el sólido fundamento de nuestra vida de unión con Dios. La compunción hace emerger la enorme distancia que va desde la contemplación cristiana y la espiritualidad oriental no cristiana. Es impensable que un gurú hindú o un monje zen se expresen a propósito de la experiencia espiritual en los mismos términos, por ejemplo, de un Isaac de Nínive:

Aquel que es sensible a sus propios pecados es más grande que aquel que resucita a los muertos con la oración. Aquel que ha sido digno de verse a sí mismo es más grande que aquel que ha sido digno de ver a los ángeles³³.

He aquí lo que explica la vida escondida, la dulzura, la bondad desconcertante de aquellos ermitaños que, como nuestro padre Romualdo, o más cercanos a nosotros, un Serafín de Sarov o un Silouan del Monte Athos, han visto su rostro de miseria transfigurado en rostro de gloria ya aquí en la tierra.

³³ Discursos I, 65, en Isaac de Nínive, *Un'umile speranza. Antología*, a cargo de S. Chialà, Qiqajon, Bose 1999, p. 77.

VIVIR LA VIDA OCULTA EN LA BANALIDAD DE LO COTIDIANO

Alguien ha dicho que “la poesía de la vida monástica es su prosa”. Sí, es completamente verdadero, pero para comprenderlo y llegar a admitirlo se necesita un cierto tiempo. Antes de entrar en el yermo, como en la cartuja, normalmente se piensa que desde ese momento uno se dedicará a actividades sublimes y que finalmente se vivirá con hombres excepcionales. En realidad nuestra jornada está hecha de cosas muy pequeñas, a menudo bastante banales que se repetirán en el mañana y en días sucesivos... hasta la muerte o casi. Cuando al poco tiempo descubrimos que nuestros padres y hermanos son limitados como nosotros, imperfectos, con heridas y pecados, como nosotros. ¿Vaya sorpresa? Pero no, ¡busquemos ser realistas y aceptar con humor esta imprevista condición! Esta es una vía de vida y de santidad.

Tomemos, por ejemplo, nuestro trabajo tan humilde, ¡a veces tan banal! Hace unos años había salido un opúsculo bien editado que tenía por autor a uno de nuestros ermitaños, su fin era presentar nuestro género de vida y que no hacía alguna alusión al trabajo cotidiano asegurado por los ermitaños. Aunque nuestras Constituciones hablan claramente que el trabajo forma parte integrante de nuestras jornadas³⁴. También a esto vienen dedicados diversos artículos.

El hecho de que nuestra vida solitaria “enteramente orientada a la unión con Dios en la oración continua y en la contemplación”³⁵ prevea que todos los ermitaños estén ocupados cada día por diversas horas en varios trabajos manuales o intelectuales para el servicio de la comunidad³⁶ no es visto como un impedimento para nuestra vida contemplativa. Es cierto que ha habido, y habrá todavía, formas de vida solitaria que rechazan el trabajo, visto como un potencial obstáculo para la unión con Dios, que citan la parábola de Jesús: “No trabajéis por el alimento perecedero” (Jn 6, 27). Pero en nuestros yermos camaldulenses, animados por el espíritu de san Romualdo,

³⁴ *Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona* 51.

³⁵ *Ibid.* 9, p. 100.

³⁶ Cf. *Ibid.* 126.

no es así. Para nosotros el trabajo ha tenido siempre un puesto importante. Se piense en la pequeña colonia eremítica junto a san Miguel de Cuxa. “Por tres años —nos recuerda Pedro Damián— Romualdo y Juan Gradenigo vivieron del trabajo de sus propias manos, cavando y sembrando grano”³⁷. Del mismo modo, más tarde, en el yermo de Pereo, se sustituirá el trabajo de artesanía por la agricultura. “Todos los hermanos se ocupaban en trabajos manuales: quien hacía cucharas, quien tejía, quien entretejía redes”³⁸. En Camaldoli, en el siglo XI, las Constituciones atribuidas al beato Rodolfo establecieron que “los ermitaños trabajarán a veces fuera de sus celdas, por ejemplo para la recolección de los huertos y de la fruta, la cosecha o también el cultivo del huerto”³⁹.

Como se puede observar, también en los ermitaños primitivos se desarrollaba actividades que ciertamente no constituían una aportación significativa a la vida económica de su tiempo, como al contrario sucederá en el siglo XII para la Orden cisterciense. ¡Estamos bastante lejos de esto! Nuestros trabajos se cumplen muy sencillamente para someter el cuerpo a la ley del trabajo, tal y como se lee en las primeras páginas del Génesis, en las que el hombre ha sido puesto sobre la tierra para cultivarla y custodiarla (cf. Gn 2, 15). Desde el momento en que el trabajo constituye un dato fundamental de la existencia humana es perfectamente natural que nosotros lo amemos en cuanto elemento que concurre a nuestra educación y a nuestra maduración. Por lo tanto el Concilio Vaticano II recuerda que los religiosos deben “obedecer a la ley común del trabajo, y mientras que de este modo se procuran los medios necesarios para su sustento y para sus obras, alejan de sí la excesiva preocupación y se confían a la Providencia del Padre celeste”⁴⁰. Vivir del propio trabajo, como pobres que se ganan el pan, es seguramente una noble decisión para una comunidad monástica. Ciertamente, la experiencia muestra que hoy, más que nunca, nuestro trabajo no puede asegurarnos del todo los medios de sustentamiento; tenemos la necesidad de la ayuda de amigos y benefactores, pero somos felices de poder hacer frente a la vida, cada uno según sus propias capacidades y las propias fuerzas, sin recurrir a subterfugios.

Por otra parte, nuestro hermano Pablo Giustiniani observa: “El trabajo... aunque si no fuese necesario procurarse la comida, no sólo es útil, sino indispensable para evitar el ocio, enemigo del alma”⁴¹. A

³⁷ Pedro Damián, *Vita di Romualdo* 6, en *Alle origini di Camaldoli*, p. 115.

³⁸ Pedro Damián, *Vita di Romualdo* 26, en *Alle origini di Camaldoli*, p. 142.

³⁹ *Constituciones del beato Rodolfo* 34-35.

⁴⁰ Concilio Vaticano II, *Perfectae caritatis* 13.

⁴¹ B. Paul Giustiniani, *Livre de vie des solitaires et des reclus* 10, p. 42.

veces pensamos que para llevar bien nuestra vida de oración es importante o al menos deseable tener mucho tiempo para sí mismo para leer, estudiar y por lo tanto, estar libres de las actividades de tipo manual. Pero nuestros predecesores en la vida solitaria no eran de tal opinión. Tenían la opinión de que el *otium* fuese un peligro para el alma y que el trabajo no sólo no fuese un obstáculo para la vida de oración, sino que era un medio para quedar unidos a Dios sin distracciones. “Haz siempre algún trabajo manual —escribe san Jerónimo al monje Rústico— de modo que el diablo te encuentre siempre ocupado”⁴². De la misma opinión es también Casiano que nos refiere una sentencia de los padres del desierto: “El monje que se dedica al trabajo es tentado por un solo demonio; aquel que vive en el ocio se hace presa de numerosos espíritus!”⁴³. Y podemos interpretar esta palabra en el sentido de que quien trabaja tiene que superar menos obstáculos para estar unido a Dios de aquel que está en el ocio. Por tanto el beato Pablo Giustiniani recomienda: “Cada uno debe hacer de tal modo que tenga más actividad para hacer que tiempo en hacerlas”⁴⁴; haciendo observar al mismo tiempo que su parecer sobre tales actividades no comprenden solamente los trabajos materiales sino también los elementos constitutivos de la vida contemplativa: la *lectio*, el estudio, el rezo del salterio, la oración. En otra parte dice a propósito de los estudios:

*A los ermitaños les es lícito atender a aquellos estudios de letras que no están prohibidos por la iglesia... Sin embargo han elegido la parte mejor aquellos que dan preferencia al estudio de las santas Escrituras... antes que a otro género literario... para que todo esto sirva para profundizar más en las sagradas Escrituras... Es sabido por la experiencia que el estudio de las letras para las almas religiosas es estímulo de toda virtud*⁴⁵.

Si en este punto nos volvemos a la tradición monástica para saber que relación hay entre la oración y el trabajo, tenemos a grosso modo tres respuestas: que la oración y el trabajo se alternan, que se mezclan una con la otra, que son en oposición. Por el contrario no encontramos nunca la extraña idea, nacida en tiempos recientes, de que el trabajo sea en sí mismo oración, y que por consiguiente la oración explícita sea superflua.

La alternancia entre trabajo y oración ha encontrado su fórmula más feliz en la Regla de san Benito. Ciertamente ya Antonio había

⁴² Jerónimo, *Lettere* 125,11, a cargo de S. Cola, Città Nuova, Roma 1962-, vol. IV, p. 125.

⁴³ Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas* 10,23, a cargo de L. Dattrino, Ed. Scritti monastici, Abbazia di Praglia 1989, p. 269.

⁴⁴ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, p. 90.

⁴⁵ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, pp. 73-74.

aprendido de un ángel a alternar los momentos de oración con los momentos de trabajo, para poner así remedio a la tentación de la acedia. Según él el cansancio de la oración nace de la continua atención de la mente. Ahora bien tal fatiga viene ciertamente aliviada por un trabajo que desarrolle una forma de distensión, sin que llegue a ser por esto una distracción. Nuestras Constituciones afirman:

Las obras corporales están ordenadas a aquellas espirituales. Es legítimo, por lo tanto, que estando en la celda preferimos tal vez alguna ocupación manual, aunque sea simplemente para reposar el espíritu. Tal vez el trabajo manual es como un ancla que sirve para hacer estable la mente; de hecho este frena el fluctuar de los pensamientos y consiente al corazón de permanecer largamente unido a Dios, sin que la mente se canse⁴⁶.

La experiencia muestra que es propiamente así. ¿El horario mismo de la jornada no es quizás expresión de una similar alternancia entre la oración y el trabajo? Por otra parte el ideal de cada uno de nosotros debe ciertamente ser la unión continua del alma a Dios, a imagen de la comunión de Jesús con el Padre, y es por esto que las horas litúrgicas sobresalen en nuestra jornada: estas quieren contribuir a dar a nuestro trabajo y a todas nuestras otras ocupaciones su calidad de servicio a Dios, en la paz y en el silencio. Según los antiguos no hay ni separación ni oposición entre la *hesychia* y el trabajo. Es verdad que a veces nos lamentamos de tener demasiado trabajo (algo que puede suceder, naturalmente) y pensamos que ello nos impide vivir como verdaderos contemplativos, pero quizás la solución está en el comportamiento contemplativo con el que hacemos este o aquel trabajo. Thomas Merton hizo un día esta afirmación: “En nuestros monasterios hay religiosos que hacen todo, oración incluida, con una mentalidad de trabajadores asalariados, mientras otros hacen todo como hombres de oración”. Y lo que hacemos es menos importante que el modo como lo realizamos. Podría afirmar de algunos hermanos aquello que Juan Casiano escribe de ciertos monjes de Egipto:

No es fácil decidir a que se deba atribuir sus resultados [es decir su alegría interior]: si es que ellos se aplican sin pausa al ejercicio del trabajo manual gracias a su intensidad espiritual, o bien si es por la

⁴⁶ Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona 35, p. 112.

*asiduidad del trabajo que adquieren un notable progreso espiritual y una gran luz de la ciencia*⁴⁷.

¿Cuál será nuestra espiritualidad del trabajo?

El beato Pablo Giustiniani piensa que nada impide estar unidos a Dios en el trabajo, aunque demasiado a menudo hacemos experiencia de lo contrario. Lo que impide la unión con el Señor no es de hecho el trabajo en sí mismo, sino aquello que normalmente lo acompaña: charlas fútiles e inútiles, murmuraciones, críticas, juicios temerosos, fantasmadas, fantasmas interiores. Por lo tanto se recomienda el canto de las “divinas cantinelas”, la meditación de la palabra de Dios que arroja los “pensamientos” de nuestro corazón y nos mantiene con gran dulzura atentos a lo esencial. “Una pacífica ocupación —dicen los padres— es reposo en Dios”. Cuidado con el trabajo frenético, a aquella especie de voracidad que, en ciertos momentos, traiciona el vacío del corazón, el aburrimiento que se prueba en el silencio de la celda, las tentaciones de fuga al mundo; tal vez es también una forma de vanagloria la confrontación con los hermanos: “Soy yo el que llevo adelante la casa, el que mantengo a la comunidad”. Nada sería más dañoso para la libertad de nuestra vida interior que un hermano que se sienta útil.

Ahora quisiera, después de estas reflexiones teóricas, decir alguna cosa sobre los trabajos que hacemos concretamente en nuestros yermos. Dejemos aparte, evidentemente, todos aquellos trabajos que son verdaderamente incompatibles con nuestra vocación solitaria. Por ejemplo: “A los ermitaños presbíteros, por más urgente que sea la necesidad del apostolado activo, no les está permitido prestar ayuda fuera del yermo”⁴⁸, como recitan las Constituciones. O también: “En el yermo no está admitido el trabajo que disturbe la soledad, lugar de la búsqueda de Dios”⁴⁹. Este texto es ciertamente bastante claro, pero aplicarlo tal vez puede hacerse difícil. De este modo, por ejemplo, el ruido de un tractor o de una motosierra no le gusta a nadie, pero hacer un uso discreto parece en cierta medida admisible. “Los ermitaños —también aparece subrayado— busquen los trabajos más humildes y más abyectos”⁵⁰. ¿De que se trata aquí sino de aquellos trabajos que quizás no procura particular satisfacción, pero que son absolutamente indispensables al bienestar de los hermanos del yermo? Me refiero por ejemplo a la preparación de las comidas, a la colada, a la limpieza, al mantenimiento de la

⁴⁷ Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas* 2,14, p. 85.

⁴⁸ *Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona* 87, p. 129.

⁴⁹ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, p. 87.

⁵⁰ *Ibid.*.

celda, del jardín, del conjunto de la casa y de otras ocupaciones análogas: ¡trabajos de los que los ermitaños nunca deberían ser dispensados! De hecho son todas ocupaciones no solamente útiles, sino necesarias y plenamente compatibles con la comunión con Dios, que es ciertamente posible, si es verdad que sólo una parte de nuestros trabajos se cumple en el secreto de la celda solitaria (algo que constituiría el ideal). Por otra parte, también esta última no viene jamás olvidada: tenemos todos el deber de conservar en orden nuestra celda, de limpiar, cultivar y cuidar el pequeño huerto. También debemos hacer un poco de colada personal, reparar esto o lo otro, y cosas similares. Sería verdaderamente deplorable si las actividades que se desarrollan fuera no nos permitiesen este género de trabajo. Sería una señal de alarma: un desequilibrio peligroso para nuestra vida solitaria. Tanto más que el dedicarse a cualquier trabajo tranquilo en la celda comporta una gracia un tanto peculiar. Sin olvidar aquella preocupación por la belleza del yermo de la que hablan nuestras Constituciones, que debe ser objeto de la solicitud de todos los hermanos. Es un aspecto de nuestro trabajo que puede hacernos pensar en los monasterios zen japoneses donde los monjes, con las cestas de jardinero en la mano, cuidan sus maravillosos jardines que rodean sus monasterios.

Nuestros yermos deberían ser espacios de belleza y sobretodo de belleza espiritual, cierto, aquella belleza que irradia del rostro de los ermitaños, pero sin olvidar la belleza estética y material. La limpieza, el orden, el buen gusto influyen mucho más de lo que pensamos sobre nuestras almas y sobre aquellas personas que nos visitan. Desde el momento en que casi siempre nuestras comunidades están compuestas por pocos ermitaños, nuestro trabajo es raramente un trabajo rentable. Este se limita a hacer posible el tranquilo desarrollo de nuestra vida. ¡Sea bendito el Señor por esto! Al final de nuestra carrera quizás tendremos la impresión de tener las “manos vacías” o de la banalidad de nuestras vidas. Sin embargo, si miramos a Nazaret, en la vida oculta de lo cotidiano no se buscaba la santidad de las cosas, sino la santidad en las cosas. Solamente el amor da valor a la vida.

SOLEDAD Y COMUNIÓN: VIVIR LA VIDA OCULTA EN LA COMUNIÓN ECLESIAL

Actualmente estamos atravesando un momento de la historia en el que se agrietan las apariencias. Los individuos pierden sus raíces, es decir sus vínculos con el tejido social que no solamente transmite la vida sino que permite un desarrollo normal y fuerte. Se está creando una fractura de enorme entidad con la tradición, en el plano nacional, social, familiar y religioso, fenómeno —aquel al que estamos asistiendo— parecido en ciertos aspectos a las migraciones de los pueblos en el final del mundo antiguo, aunque las causas son completamente diferentes: hoy no se trata de una invasión bárbara en una sociedad que está desapareciendo, más bien del desarrollo acelerado de la “modernidad”, de la invasión de los mass media, de la muerte y del renacimiento de las ideologías.

Tal contexto que remueve de modo inusitado las posiciones adquiridas por nosotros, no puede dejarnos indiferentes, y es en este mundo, el mundo en el que vivimos, en el que estamos llamados a llevar a cumplimiento nuestra vida en Cristo en el desierto. Está claro que la pertenencia a Cristo nos preserva de un desenraizamiento total: por gracia somos “hijos de Dios” y no el producto de la casualidad o de la nada. Nosotros “conocemos” a nuestro Padre.

Cierto que hay aquí, en el tentativo de una necesaria virtud, una verdadera y propia liberación de la ausencia de vínculos sociales, morales y religiosos. Estos consideran el hecho de insertarse en tradiciones anteriores como una limitación de la libertad personal. Pero su modo de pensar y su comportamiento ¿no nos hacen pensar en la parábola del hijo pródigo? Hay que preguntarse cuál de los dos hijos goza de la libertad más auténtica, si aquel que siempre ha permanecido en la casa o el menor que después de un breve momento de libertad, se encuentra en la miseria más negra y aspira a llegar a ser el último de los jornaleros del padre, del que hubiera podido ser su heredero. La pertenencia, cuando es libremente aceptada, representa de verdad, a mi parecer, la auténtica libertad.

“Hijo —dice el padre al hijo mayor— tu estás siempre conmigo y todo lo que es mío es tuyo” (Lc 15, 31).

Nuestra pertenencia fundamental es ciertamente en la relación que tenemos con Dios, depende totalmente de la iniciativa salvífica de éste último. Es él, Jesucristo, que nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha llevado a su reino (cf. Col 1, 13). “Él nos ha amado primero” (1Jn 4, 19) y se espera de nosotros que nos adhiramos con reconocimiento y fe a la llamada divina. El bautismo y la profesión monástica han consagrado nuestra pertenencia a Jesucristo, pero ahora esta requiere que se la viva en una existencia de obediencia incondicional. *Ego vobis, nos mihi*, “Yo por vosotros, vosotros por mí”. El mismo Jesús es nuestro único modelo: “Hago siempre aquello que agrada a mi Padre” (Jn 8, 29); hasta el punto que entre él y el Padre hay un acuerdo perfecto: “Todas las cosas tuyas son mías” (Jn 17, 10).

Así el monje, coherentemente con su nombre que implica todo un programa de unidad, de unificación, busca penetrar en la exclusiva pertenencia de Jesús al Padre. No quiere pertenecerse a sí mismo, ni a otros señores, sino a Dios sólo, y con corazón indiviso. “Quien no está casado —dice san Pablo— se preocupa de las cosas del Señor, como puede agradar al Señor” (1Cor 7, 32).

¿Pero nos preocupamos verdaderamente de agradar al Señor de este modo? A mi me parece que el clima espiritual dominante, también para los cristianos —no oso expresarme sobre monjes— manifiesta otra dirección. Sobretudo ostentamos un individualismo extremo. Lo que nos interesa no es tanto Dios, hablar con él y pertenecerle, sino que busquemos una experiencia personal, nos cerramos en nuestra personal búsqueda espiritual, bien se llame “meditación trascendental” o “meditación profunda” o de otra manera. Se necesita admitir que actualmente reina un ego-centrismo espiritual que depende de la opinión corriente según la cual el mundo sería sólo apariencia y, en el fondo, el yo y Dios coincidentes.

Si el criterio supremo de la vida en Cristo no es la adhesión de fe al Dios Trinidad sino la experiencia personal, el paso al sincretismo religioso estará rápidamente hecho. Y es sabido como el presupuesto del sincretismo sea justamente el relativismo para todo lo que concierne a la pregunta fundamental con respecto al hombre. Lamentablemente hoy se encuentra frecuentemente cristianos que han abrazado este tipo de mentalidad, absolutamente escéptica de frente a una revelación divina que se presenta como la verdad absoluta. Muchos consideran todas las religiones como equivalentes, todas “verdaderas”, concebidas solamente como un conjunto de

signos y símbolos, todas injustas y arrogantes en el momento en que no se contentan con el papel que se les asigna.

Sería grave para nosotros, ermitaños cristianos, que nos dejáramos contaminar por una mentalidad de tal género, tan difundida en nuestros días. Es verdad que la iglesia a la que pertenecemos no rechaza nada de lo que hay de verdadero y recto en las religiones no cristianas; por lo tanto, nada de sorprendente si, por ejemplo, uno de nosotros lee con provecho los textos hindúes. “Examinad cada cosa —dice san Pablo— quedaos con lo mejor” (1Tes 5, 21). Esto podría valer como criterio normativo de nuestras lecturas. Es lícito, y también necesario, dialogar con los no cristianos pero en tal encuentro no nos es posible callar lo que hemos visto y oído del Verbo de vida que se ha manifestado a nuestros ojos (cf. 1Jn 1, 1).

Por otra parte no podemos pertenecer a Dios y serle agradables sin la mediación de Jesucristo. “Un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, que se ha entregado a sí mismo en recate por todos” (1Tim 2, 5-6). Nosotros hemos sido salvados, rescatados por el sacrificio de Jesús, este es el principio y la motivación de nuestra pertenencia a él. “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que no os pertenecéis más a vosotros mismos? ... ¡Glorificad por lo tanto a Dios en vuestro cuerpo! (1Cor 6, 19-20).

Es maravilloso pertenecer a Jesús. No hay duda de que hay en nosotros una legítima defensa de nuestra “libertad”, don gratuito de Dios, más fuerte es aún la experiencia exultante de haberla donado a Aquel que nos ama. Y se note bien que tal pertenencia a Cristo es al mismo tiempo exclusiva e inclusiva. Excluye ciertamente otro Señor que no sea Jesús, pero incluye a todos los hombres que son amados por Cristo y que podrían ser en realidad excluidos por nuestro corazón. En particular incluye, y de modo evidente, su cuerpo místico, la Iglesia. Nosotros no somos de hecho individualistas solitarios que se dedican por algún motivo a una búsqueda espiritual del todo personal. A pesar de nuestra soledad material formamos parte del pueblo que Dios ha adquirido para que proclame sus maravillas, “él que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1Pe 2, 9). Se puede decir que en el seno de la comunidad eclesial las comunidades contemplativas viven su pertenencia a Cristo y a la iglesia de modo particularmente explícito proclamando más con su existencia que con palabras las maravillas que Dios ha realizado en su historia con los hombres.

El don de nosotros mismos, expresado en la profesión monástica, inaugura una nueva pertenencia, aquella que nos vincula a la

comunidad en la cual nos encontramos por voluntad de Dios. Nuestra Orden, nuestra Congregación, nuestro yermo, son la realidad religiosa a la cual misteriosamente él nos llama: se trata de aquellos hermanos que, como nosotros, han recibido la vocación de vivir juntos en los diversos yerros en los que tal realidad se encarna, se articula, se vive, en la santa “vida ordinaria”. Es precisamente esta pertenencia el objeto de nuestro voto de estabilidad en la familia de los ermitaños camaldulenses. Y es así como nosotros pertenecemos a Dios, a Cristo y a la Iglesia. He aquí el resultado de nuestra libre donación, fuente de una creciente alegría y libertad.

Es cierto que se puede ser de Dios, de Cristo y de la Iglesia sin pertenecer a nuestra familia o a otras. Sin embargo, una vez que ha sido definida la pertenencia, una vez que ha sido asumida por cada uno y por el conjunto de los ermitaños, esa llega a ser la concreción no facultativa, sino constitutiva de nuestra pertenencia a Dios, a Cristo y a su Iglesia. “Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre” (Mt 19,6). Estas palabras pronunciadas por el Señor con relación al matrimonio son también válidas para nosotros si las aplicamos a nuestra pertenencia a la familia de los ermitaños camaldulenses. La alianza conyugal de los esposos no es simplemente un contrato entre dos personas. Si lo fuera, podría romperse con el consenso de los interesados. Pero Jesús afirma que ese contrato es obra del mismo Dios y por lo tanto no puede ser revocado por los hombres. Sabiendo que un divorcio no podrá nunca constituir una solución practicable, los esposos tienen a su disposición una fuerza y una ayuda para poder superar las eventuales divergencias. Del mismo modo la pertenencia a nuestra Congregación eremítica, aunque aparentemente constituye una relación recíproca entre personas, comporta una dimensión de orden divino. De hecho si estamos convencidos de que Dios nos ha llamado aquí y la profesión perpetua nos da una garantía más que cierta, podemos estar seguros de que Dios nos ayudará a superar las tentaciones y a realizar nuestro compromiso de amor.

La pertenencia a la familia de san Romualdo se expresa, entre otras, en la fidelidad a ciertos signos exteriores —el hábito, la tonsura, la barba—, pero sobre todo en el amor a nuestras tradiciones, a nuestra Regla y a nuestras observancias. No es para todos algo fácil: algunos hermanos se preguntan si inserirse en una tradición preestablecida desde hace siglos, en una comunidad bien estructurada, no significa un sofocamiento de la personalidad individual. Seguramente es una pregunta real y hacérsela es necesario. Quien tenga el deseo de pertenecer a nuestra Congregación debe examinar bien, en el curso de los años de la

formación, si una eventual profesión perpetua sofocaría su personalidad o le ayudaría a realizarse plenamente. El discernimiento sobre este punto no es siempre fácil, ya que encontrar dificultades no significa necesariamente que se deba elegir otra vía para evitarlas. Más aún, podría significar lo contrario: una invitación a superarse que permitiría sobrepasar tales dificultades y también eliminarlas.

También después de la profesión perpetua es posible que se presente a la mente el pensamiento de haberse equivocado completamente y por lo tanto el deber de cambiar de orientación. En todos los casos, o casi, se trata de una tentación maligna que debemos rechazar. La profesión eremítica acogida por el pueblo de Dios es ciertamente una indicación suficiente para poder continuar tranquilamente el camino iniciado. Por lo demás, para modificar el compromiso asumido en aquel día se necesita que se den signos evidentes. ¿Quién osaría negar que existan casos de evasión, de fuga culpables? Pero es necesario defender, por el interés de todos, los vínculos que hemos contraído, esto no significa que la pertenencia formal y existencial sea suficiente. También es posible llevar solamente la “máscara” del ermitaño, por bastante tiempo. “Han salido de nosotros —dice san Juan— pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros, hubieran permanecido con nosotros; pero se debía hacer manifiesto que no todos son de los nuestros” (1Jn 2, 19). La “extrañeza” puede ser perfectamente enmascarada por una actitud correcta, del todo racional e incluso devota, sin que la persona en su entereza se deje implicar a un nivel profundo. “El extraño observa, juzga desde fuera, mide, calcula y después o vuelve la espalda o se... sistema”⁵¹, constata la abadesa trapense Cristiana Piccardo. Ahora bien, si esto es posible cuando se vive en una trapa, con mayor razón lo es entre nosotros, dado que nuestra vida semi-eremítica nos ofrece bastantes espacios en los que cada uno puede vivir y adaptarse libremente. Es por este motivo que nuestros padres, desde san Romualdo y Pedro Damiano, insisten tanto sobre la importancia de la obediencia en nuestra vida solitaria. Verdaderamente es un sin-sentido el hermano que reside físicamente en el yermo, adaptándose en cierta medida a la observancia común y al mismo tiempo vive su vida privada sin ningún deseo de darse y abrirse verdaderamente a los hermanos con simplicidad y generosidad. Dice estar tan “enamorado del silencio y de la celda” que la tiene bien cerrada a llave y con cuidado de que el prior no ose expresar el deseo de visitarla, como prevén nuestras

⁵¹ C. Piccardo, *Alla scuola della libertà. Riflessioni sulla vita monastica*, Ancora, Milano 1992, p. 37.

Constituciones. Cuidado si se le pide cambiar de celda o de yermo. Cuidado con quien tiene el valor de pedirle un trabajo en el tiempo de reposo, y así tantas otras cosas. Hay religiosos que parecen estar constantemente a la defensiva en relación con las “agresiones” del prior y de los hermanos. ¡En verdad no han comprendido nada de lo que puede significar “no pertenecerse más a sí mismos”, sino a Dios y a aquellos que son sacramento de su presencia! Si un comportamiento de tal género se hiciese la regla general del yermo, esto cesaría de ser una familia de ermitaños y se transformaría en un club de solterones más o menos píos.

Indudablemente la comunidad en la que vivimos constituye una ayuda preciosa y efectiva para el crecimiento en la unión con Dios, fin de nuestra vida. Es el ambiente del que tenemos necesidad para “odiar nuestra vida en este mundo y conservarla para la vida eterna” (Jn 12, 25). Pero esta comunidad no puede mantenerse íntegra si nos servimos de ella, si la ponemos al servicio de nuestro “yo” para realizar egoístamente nuestra “personalidad”. Al contrario, podemos estar seguros de encontrar a Dios y de realizarnos nosotros mismos en la comunidad si nos donamos a ella sin pensar demasiado en lo que nos será dado a cambio.

La contemplación del Verbo de Dios, hecho en Navidad un recién nacido que no habla, nos llena de estupor y de reconocimiento. Su anonadamiento nos lleva a “tener los mismos sentimientos” (Flp 2,5) que fueron los suyos y entonces no hay duda que también nosotros haremos la experiencia de que “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20, 35). Si el don de un vaso de agua fresca recibirá su recompensa por Dios, nadie aquí debe tener miedo por perder algo al entregarse a Él y a los hermanos para siempre. Recibirá más allá de toda espera.

EL ERMITAÑO, LA IGLESIA Y EL MUNDO

No creo que sea superfluo preguntarse seriamente qué pueden significar para nosotros ermitaños la iglesia y el mundo, y qué es lo que nosotros hijos de san Romualdo podemos representar a los ojos de la iglesia y del mundo de hoy. Ciertamente la pregunta no es nueva pero exige respuestas para cada tiempo, más adecuadas a la situación concreta en la que vivimos, la situación del mundo en que nos encontramos.

El concilio Vaticano II afirma claramente que “dado que la vida contemplativa pertenece a la plenitud de presencia de la Iglesia, es preciso que se instaure por todas partes”⁵². Nosotros podemos y debemos preguntarnos la razón.

No han faltado en el pasado monjes que en sus escritos no han mostrado mucho interés en las relaciones entre vida monástica, Iglesia y mundo. Probablemente tal laguna se puede atribuir, más que a una falta del sentido de responsabilidad por su parte, al hecho de que normalmente no se habla o se habla muy poco de aquello que se da por descontado y es de primera importancia. Hablar del oxígeno presente en el aire no es necesario hasta que no falta, pero este nos es dado en abundancia y por lo tanto no se habla.

Por lo que respecta a nuestros santos padres camaldulenses, estos han tenido un sentido extraordinariamente agudo del cuerpo de Cristo del que formamos parte, como emerge bien de sus vidas y de sus escritos. Pedro Damián, entre otros, y el beato Pablo Giustiniani han dado, cada uno en su tiempo, importantes contribuciones para una comprensión teológica sobre la vida solitaria en la Iglesia. Sus argumentos son de una actualidad desconcertante y es ciertamente una fortuna para nosotros poder sacar provecho.

Como indica ya el nombre, el monje, hombre de la soledad, busca fundamentalmente llegar a ser amigo íntimo de Dios. Este tiende a realizar de modo eminente la dimensión espiritual, personal, del individuo que cada uno de nosotros es. Ahora bien, al día de hoy esta elección de una vocación personal a menudo no se comprende. Ha sido necesario que el “Papa de los derechos del hombre” alzase la voz

⁵² Concilio Vaticano II, *Ad gentes* 18.

para defender ese derecho de la persona, quizás el más fundamental. Dirigiéndose en 1981 a algunos contemplativos en Lisieux, Juan Pablo II les ha dicho:

No busquéis absolutamente justificaros. El amor, cuando es auténtico puede y debe encontrar la propia justificación en sí mismo... Amar gratuitamente es un derecho inalienable de la persona y se debería añadir: sobretodo cuando el ser amado es Dios mismo... Desde el ejemplo de los contemplativos y de los místicos de todos los tiempos, continuad a mostrar con fuerza y humildad la dimensión trascendente de la persona, creada a semejanza de Dios y llamada a vivir en la intimidad con Él.

En estas palabras del Papa es fácil reconocer la voz del Señor Jesús, que no ha callado por salir en defensa de María de Betania, la contemplativa, de las acusaciones de su hermana y más tarde de las de Judas Iscariote: “En todas partes en que sea anunciado el evangelio será recordada esta mujer y lo que ha hecho” (Mc 14,9).

Es evidente que nuestra vocación a la vida solitaria presupone la pertenencia a la Iglesia y al mundo: antes de ser ermitaños somos hombres, somos cristianos y tenemos mucho más en común con un cristiano como nosotros que con un ermitaño que no sea discípulo del Señor. He aquí el porqué desde siempre los monjes han buscado leer su vida a la luz de aquella iglesia y de la humanidad. Juan Casiano, por ejemplo, muestra como la vida monástica está en continuidad directa con la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Si es verdad que históricamente tal tesis es insostenible, todavía esta constituye un precioso testimonio del sentido de la Iglesia en un autor monástico heredero directo de los padres del desierto.

Para Pedro Damiano la cualidad eclesial consiste en la concordia en la fe y en el amor, de modo que la separación física de los otros cristianos no impida la unidad real con todos los hermanos. Es el tema, como es sabido, del famoso *Opúsculo II* (llamado *Dominus Vobiscum*), en el que Pedro Damiano entona el himno más bello de toda la literatura monástica a alabanza de la vida monástica.

Sin embargo la reflexión sobre la dimensión eclesial no sirve solamente para justificar la vida contemplativa que llevamos inmersos en el silencio a los ojos de nuestros contemporáneos, sino también a nuestros propios ojos. Tentados por cualquier demonio, tal vez puede acaecernos que pongamos en duda la elección que hemos hecho y que ha sido confirmada por el pueblo de Dios. Y he aquí que comenzamos a considerar como una simple “etapa” un empeño que por su misma naturaleza estaría destinado para durar

hasta la muerte. Es verdad que aquello que nos da problemas en esos momentos es nuestro número limitado y ciertos aspectos de nuestras vidas que nos hacen muy diferentes de nuestros contemporáneos, y que a primera vista parecemos bastante “extraños”. ¿Qué significado puede tener una comunidad que se dedica esencialmente a la oración y a la contemplación? ¿Quizás no está totalmente fuera de las categorías del mundo moderno?

Para hacer frente al tumulto de similares pensamientos es necesario que comprendamos más que nunca que la justificación de nuestra vida no reside en el “hacer”, en el “producir”, sino en el “ser”. Hijos de san Romualdo hemos oído una llamada para desaparecer, como los niños que se esconden o los enamorados. Los ermitaños son también enamorados que han elegido quedarse en la sombra, vivir una vida escondida con Jesús en Dios... la *vita umbralitis* de la que hablan nuestros ancianos. Debemos pues aceptar y amar el hecho de que nuestra elección sea insignificante a los ojos de aquellos que juzgan según la sabiduría de este mundo. Nos debe bastar ser conocidos por Dios. Esto significa concretamente que renunciamos a entrar en la historia anecdótica y por esto no estamos turbados. De hecho —como explica Heschel en su bello libro sobre el sábado⁵³— hay dos tipos de historia: una en que la silenciosa presencia de Dios es tenida por vana por la presunción del hombre y la otra en que Dios hace “su” historia a través del hombre. Por lo tanto toca a cada uno de nosotros en calidad de hombre tomar la parte que le compete adhiriéndose día a día a la propia vocación sobre la tierra.

Esto es extremadamente importante y explica la insistencia de los pastores de la Iglesia para que florezcan en todo el mundo monasterios y yermos. “Los monjes —dice por ejemplo Pablo VI— no solamente no están ausentes de la vida de la Iglesia, sino al contrario, se sitúan en el corazón de esta”. ¿Y qué es este corazón de la Iglesia si no la vida nueva en Cristo y la unión íntima y constante del hombre nuevo en el amadísimo Señor? Hay que decir una vez más que es esta la finalidad de nuestra vida en el yermo. Esta no forma parte de las realidades “útiles” sino, diría más bien, de aquellas que superan lo que es meramente útil, justamente como el gesto de María de Betania que derrama con profusión sobre los pies de Cristo aquel perfume costosísimo. Nosotros no hemos sido fundados por san Romualdo para asumir un “servicio” determinado en la Iglesia, como un dominico asume deber de la predicación. Pero eso no significa que nuestra vida solitaria no se encuentre bajo el

⁵³ Cf. A. J. Heschel, *El sábado*, Garzanti, Milán 1999.

signo del ministerio, como cualquier otro tipo de vida que quiera ser fiel al Evangelio. La oración es nuestro sacrificio, la contemplación de Dios es nuestro testimonio silencioso: sí, nuestro deber es vivir todo aquello intensamente por el mundo de los hombres nuestros hermanos, entonces la Vida irrumpirá en la Iglesia y en la humanidad. ¿Lo creemos verdaderamente?

Se necesitaría recordar más a menudo aquello que Moisés dijo al faraón: “¡Deja partir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto!” (Ex 5,1). Lo que no significaba nada para el faraón, porque desde su punto de vista servir a Dios significaba solamente abandonarse a una pereza injustificable. Y entonces su respuesta fue: “Volved a vuestros trabajos... ¡Holgazanes, sois unos holgazanes! Y por eso andáis diciendo: “Vamos a ofrecer sacrificios al Señor” (Ex 5,1.17). Yo creo que también hoy, como entonces, el servicio de Dios está considerado por la mayor parte de la gente, y a veces también por nosotros, como una actividad falta de significado porque cuenta solamente la producción y el consumo. ¿Cómo podemos pretender en tales condiciones que florezcan y se desarrolle la acción de gracias, la alabanza pura que hace que se celebre a Dios “por su inmensa gloria”, y qué significado puede tener una vida totalmente dedicada a esto? ¿Cómo se puede creer que la doxología llega a Dios con una mayor gratuidad y fuerza cuando quien la ofrece está en la total abyección y sufrimiento? No debemos olvidar que el *Cántico de las creación* (Dn 3, 52-57 LXX) fue entonado por los tres jóvenes arrojados en el horno que bailaban con otro misterioso cuarto que se había unido a ellos... que el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz nació en la infame cárcel de Toledo... y que el *Cántico de las criaturas* del Poverello de Asís nació de la fe de Francisco en el amor crucificado. Hasta el fin de los tiempos nuestro mundo está en los dolores de parto y la presencia de los ermitaños y de los monjes debe hacer brillar la virtud teologal de la esperanza que espera de Dios a Dios.

Pero vayamos todavía más lejos. En nuestros yermos, como sabemos, se encuentran a veces hermanos verdaderamente magníficos, verdaderas obras maestras del Espíritu Santo. Al lado de ellos hay otros hermanos que todavía no han entregado todo su ser a la acción de la gracia. Pero nosotros vivimos juntos y es posible hablar de una santidad comunitaria que para nuestro mundo puede ser un signo fuerte y liberador. Nosotros testimoniamos juntos el reino de Dios, porque este es nuestro futuro absoluto y único. Es verdad que normalmente el testimonio es uno que ha visto lo que los otros no conocen, pero nosotros debemos anunciar lo que “el ojo del hombre no ha visto, lo que el oído no ha escuchado, lo que su

corazón no puede sospechar”. ¿Cómo es posible esto sino porque “Dios nos lo ha revelado por medio del Espíritu” (1Cor 2,9-10)? Quien renuncia a determinados valores terrenos por el Reino, valores grandes y verdaderos, se hace de verdad testimonio y todos juntos, grandes y menos grandes, renovamos el don total de nosotros mismos “a causa del reino de Dios”. Escribe Pablo Giustiniani:

Nosotros renunciamos voluntariamente a todas las cosas placenteras de esta vida, porque tenemos siempre presente a los ojos de nuestro espíritu el reino de los cielos... Digo que en nuestra época no hay modo más verdadero y eficaz, para anunciar el reino de Dios, que hacerse religioso⁵⁴.

Nuestro mundo no quiere dejarse lo más mínimo turbar por el hecho de ser un mundo creado. Pretende ser el creador y quiere alcanzar su plenitud sin quererse confrontar con la trascendencia. Por lo tanto, el hecho de que nuestra vida sobria y alegre haga ver la precariedad y el carácter efímero, la relatividad y los límites, es sentido por nuestros contemporáneos como una especie de agresión escandalosa, pero —¿Por qué no? — también como una pregunta abierta. Esto nos permite mostrar la urgencia que tiene el pueblo de Dios de anunciar con la palabra y, más aun, con el ejemplo de que el hombre, la humanidad y el cosmos no pueden realizarse plenamente si no es en la dimensión de la trascendencia y a través de esa. El monacato -y en particular el eremitismo- quiere anunciar con fuerza que el hombre, cada hombre, es más que un producto, mucho más que un objeto de consumo que se tira cuando ya no sirve para nada. Por lo demás, estamos asistiendo a una sana reacción a esta mentalidad —aunque a veces toma formas desviadas— con el pulular de sectas y de los llamados movimientos “gnósticos”: porque los hombres no se dejan fácilmente reducir a la dimensión material. La religiosidad es siempre muy viva, pero hoy se vive a menudo fuera de las iglesias. No podemos ignorar que hay todo un supermercado espiritual bien pertrechado de productos varios, de religiones antiguas y nuevas, de técnicas psicosomáticas diversas, de meditaciones de todo género: fenómenos que representan un desafío para la vida monástica contemplativa cristiana y una invitación acuciante a vivir en plenitud aquello que nuestros padres — Romualdo, Pedro Damiano, Pablo Giustiniani y toda la lista de camaldulenses— nos han transmitido. Lo que se nos pide a nosotros

⁵⁴ Pablo Giustiniani, citado en J. Leclercq, *Il richiamo del deserto*, pp. 40-41.

es el testimonio de una vida interior en medio de un mundo en el que fácilmente se la olvida, o bien se la busca pero de forma errada.

También es verdad que muy pronto hacemos experiencia de nuestra impotencia. Quisiéramos tanto ayudar, intervenir y no sabemos como. Y a veces nos sentimos culpables porque estamos a salvo de tantos sufrimientos que señalan duramente la existencia de muchos de nuestros hermanos y hermanas en la humanidad. Debemos y podemos afirmar con gran fuerza nuestro amor y nuestra compasión hacia ellos. Pero, ¿qué hacer y cómo? Es entonces cuando la oración de intercesión y de suplica brotan por si solas. Ciertamente nos es imposible constatar la eficacia, pero es necesario ser capaces de someterse totalmente a la misericordia omnipotente de Dios. Decía Pablo VI en 1966 a las hermanas camaldulenses del Aventino: “No se va a la oración con toda tranquilidad, como cuando se va de charla con los amigos. Debéis llevar en el corazón toda la pasión del mundo”. “Nosotros que somos los fuertes tenemos el deber de soportar la enfermedad de los débiles” (Rm 15,1), dice san Pablo. Como Cristo, el Fuerte por excelencia, ha llevado en su pasión el peso de todos nosotros, del mismo modo aquellos que siguen a Jesús muy de cerca se hacen, de cierto modo y en una cierta medida, iguales a Él, cargando con el peso de los otros. Sí, es justamente a una participación de la cruz de Cristo a la que han sido llamados los monjes y los ermitaños, por la Iglesia y por el mundo. Una intercesión que más que expresarse en palabras se expresa con la vida. “La oración —dice Divo Barsotti— no es solamente un hablar con Dios a favor de los hombres, es también un ‘pagar por los hombres’”. Hablando de esta manera se acerca a nuestro querido Silouan del Monte Athos: “Orar por los hombres es dar la sangre del propio corazón”. Piénsese lo que dicen las Constituciones a propósito de los enfermos y de los ancianos de nuestra familia eremítica: “El dolor nos hace iguales al Cristo sufriente, asomándonos a la obra de la redención y uniéndonos más íntimamente a todo el cuerpo místico”⁵⁵. Que el sufrimiento soportado con fe aumenta nuestra semejanza con Jesús es un pensamiento que nos es familiar; pero que sufriendo se acrecienta nuestra unión con todo el Cuerpo de Cristo, y que de este modo nos hacemos Iglesia, es probablemente una idea que nos sorprende. Este texto quizás ha sido inspirado por una palabra famosa —también llena de misterio— del apóstol Pablo, cuyo significado preciso es todavía objeto de reflexión: “Me alegro por los padecimientos que

⁵⁵ *Constituciones de la Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona* 118, p. 139.

soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, a favor de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24). Sí, cada cristiano que sufre es parte integrante del gran sufrimiento de los miembros de Cristo. Él no está solo, su sufrimiento tiene una dimensión eclesial y constituye un tesoro al que cada uno de nosotros puede lograr y cuyo valor supera al de otra actividad.

Nosotros queremos ciertamente, y con razón, que nuestras comunidades sean santas, también las queremos florecientes, capaces de irradiar, eficaces. Ahora bien, a veces sucede que en este o en aquel yermo se arrastren o parezcan que están en la agonía. Pero si una situación de tal género no es la consecuencia de nuestra infidelidad y si se acepta con humildad y generosidad, ¿quién puede decir que estas pequeñas familias “agonizantes” no sean más agradables a Dios y más útiles al mundo que aquellas que navegan viento en popa? Hacer del énfasis un ideal no tiene sentido en régimen cristiano, que es aquel de la cruz gloriosa. Pablo VI dijo un día a los trapenses:

No busquéis haceros comprender por la gente a toda costa. Esto podría llevaros a deplorables concesiones. Sed simplemente vosotros mismos. Será Dios mismo el que se ocupe de hacer brillar vuestra luz a los ojos de los hombres.

¡MI ALEGRÍA! ¡CRISTO HA RESUCITADO!

Seguramente recordaréis la última confesión de Pedro Damián a su discípulo Juan de Lodi. Parece que se hubiera acusado seriamente, entre otras cosas, de no haber tenido, él que era cardenal y ermitaño, “un rostro bastante lúgubre y por haber dicho demasiadas buenas palabras”. ¿Qué decir? Había aprendido de los ancianos, del mismo Romualdo, el hombre de rostro festivo, y de sus hermanos de Fuente Avellana, de los cuales nos habla en su *opúsculo 51*, que la alegría es hija del desierto, y sabía por experiencia personal que esta puede invadir todo el ser del ermitaño y darle aquel rostro extraordinario que encontramos a veces en nuestros hermanos avanzados en años. ¡Oh, no se trata de una alegría a bajo precio, que se puede comprar en el mercado! ¡Pero qué fiesta en el corazón de aquellos hermanos!

Me parece que puedo decir que tal alegría está en el origen mismo de nuestra vocación. El ermitaño se reconoce perfectamente en aquel hombre que un día, por pura fortuna, descubre un tesoro escondido en un campo: “lo esconde de nuevo, después va, lleno de alegría, vende todo lo que tiene y compra el campo” (Mt 13, 44). Aquel tesoro es Jesús, frente al cual todo lo demás no tiene mucho interés, y esta ya es la aurora de la alegría perfecta (cf. Lc 2, 10). El ermitaño puede abandonar todo tranquilamente, sin temor de haber hecho un mal negocio. “Todo lo juzgo una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él” (Fil 3, 8-9). Se siente vibrar en estas palabras el entusiasmo de un enamorado. Así es el monje cristiano que es esencialmente un enamorado que “no tiene nada más precioso que Cristo, no anteponer nada a su amor”⁵⁶. Él está tan feliz como lo están todos los amantes del mundo, está lleno y desbordante de alegría, la *laetitia* de la que habla el Salmo 121. Todo lo que hace, todos los gestos que realiza, su total comportamiento viene transfigurado.

⁵⁶ Cf. *Regla de san Benito* 5,2 y 4,21, en *Regole monastiche d'Occidente*, a cargo de E. Bianchi y C. Falchini, Einaudi, Turín 2001, pp. 207 y 205.

Es sorprendente, ojeando la *Regla de la vida eremítica* publicada por Pablo Giustiniani en el 1520 en Camaldoli, constatar la presencia de tal alegría amorosa en el corazón del ermitaño, una alegría dinámica que lo estimula, lo empuja hacia adelante y que todo su ser canta. Así, no dice solamente que el ermitaño debe obedecer al prior, a la regla de vida, sino que debe “abrazar la obediencia con la santa alegría del alma”⁵⁷. He aquí otros ejemplos:

*Amar la tranquilidad profunda de la santa soledad. Gustar la dulce discreción de la celda, aislada y separada de las otras. Ir a la Iglesia para el opus Dei no sólo por habito o por obligación, sino más bien llevados por el deseo interior de alabar al Creador. Celebrar la santa misa en la alegría del Espíritu. Deleitarse en la cotidiana práctica de la salmodia privada. Alegrarse de la modesta medida y de la simplicidad de la comida y de la bebida.*⁵⁸

En fin, esto resume todo: “Estar alegres de vivir en el yermo”⁵⁹.

Pero me parece oír la pregunta que la mayor parte de nosotros se hace: “¿Cómo es posible estar toda la vida en la alegría del descubrimiento y posesión del tesoro?”. Sobretudo es verdad que uno se habitúa enseguida a lo más sagrado en nuestra vida. ¿Y quién de nosotros no sabe que el habituarse desvalora la vida? En segundo lugar el camino es difícil y la puerta estrecha, el corazón humano es frágil e inconstante. El amor se enfría y la alegría parece evaporarse. ¡Nada más normal, y sobretudo... es lo más necesario! Nuestra vida eremítica es la aventura de un amor reservado en nuestros corazones para el Espíritu Santo. Después del tiempo fuerte de nuestra marcha al desierto, es necesario acertar bien para vivir en lo cotidiano el misterio para que el amor crezca, se profundice y llegue a la madurez y a la plenitud de la alegría. Para esto se necesita tiempo, paciencia, un combate espiritual no sólo contra la carne y la sangre, sino contra las potencias de las tinieblas, combate que durará hasta la muerte y que conocerá, sobretudo en la plenitud de la vida, momentos duros y terribles en los que las virtudes teologales parecen sucumbir en el abismo de la nada. No es necesario ni asombrarse, ni sobretudo escandalizarse. ¿No es quizás esta la ley ineluctable de la muerte-resurrección, la ley del grano que muere en tierra para fructificar el céntuplo? Pedro Damián refiere el ejemplo de su vecino de celda, Domingo el Loricato, que llevó en su cuerpo los estigmas de Jesús y cuya entera vida fue como un gran y continuo Viernes santo, pero

⁵⁷ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, p. 55.

⁵⁸ Pablo Giustiniani, *Regla de la vida eremítica*, p. 55.

⁵⁹ *Ibid.* pp. 29, 31, 32.

que fue siempre festivo y resplandeciente de luz, una celebración en su propio corazón de la eterna gloria de la resurrección⁶⁰.

Es por lo que nuestros maestros nos invitan con tanta fuerza a la conversión, pero también a la sobriedad, más aun a la “indigencia”, como dirá Pablo Giustiniani, para vivir los días difíciles, pero que son los más preciados, porque preparan al río de la alegría. Así Pedro Damián exclama:

*Alzate, pues, álzate hermano mío, escucha la llamada del apóstol Pablo que está aquí en tu camino. Él llama a tu puerta, te solicita, te invita: “¡Despierta, tú que duermes! Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará” (Ef 5,14). Desde el momento que sabes que Cristo ha resucitado, ¿por qué deberías dudar de tu personal resurrección? Escucha las palabras salidas de su boca: “Quien cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11,25). Pues si la Vida vivificante quiere elevarte, ¿por qué soportar más tiempo permanecer en la muerte? ¡Vamos, en pie! ¡Entabla la batalla con coraje!*⁶¹

No se trata de otra cosa que de aquel trabajo obstinado, tenaz, que poco a poco nos sustrae del influjo del mal y del Maligno, de aquella firme decisión de hacer y dejar que los otros hagan de todo con el fin de cicatrizar las heridas del orgullo, de la ambición, de la sensualidad, del egoísmo, de la cólera que llevamos con nosotros, de modo que crezca el Hombre nuevo que es Cristo. Es la liberación de toda clase de obstáculos que sofocan la Palabra y en el fondo impiden ser aquellos hijos y aquellas hijas de la resurrección que, con el Cristo pascual “todo aquello que viven, lo viven por Dios”, totalmente aferrados por la gloria.

Lástima que Pablo Giustiniani, después de su experiencia del siete de agosto de 1524 en Pascelupo, en la pequeña capilla de san Jerónimo, se dejase ir demasiado por la habitual contemplación “circular”, escribiendo el famoso *Secretum meum mihi*, ique al final resulta una lectura tan difícil y descorazonadora para más de uno entre nosotros! Y no obstante es de un testimonio tan increíble, que transmite la fuerza de una libertad extraordinaria en la disolución del hombre en Dios, en la alegría del Resucitado.

¿Cuándo, Señor, cuándo sucederá que cuando te has complacido de mostrarme te complacerá hacérmelo gustar y experimentar? ¿Cuándo llegará que esta vil criatura que es tuya será una sola cosa contigo en un amor apasionado, en un incendio ardiente de caridad? Hasta el punto de poder decir: “Mi alma se ha disuelto, se ha unido a ti en todos

⁶⁰ Cf. Pedro Damián, *Le lettere* 44, 16-20, vol. III, p. 67-73.

⁶¹ Pedro Damián, *Sermones* 74, PL 195, 914.

sus afectos y sus potencias; se ha vaciado en ti, se ha dejado hundir, se ha anulado y reducido a la nada”.

*¡Oh, beata aquella alma que ha podido de tal modo pasar a ser totalmente de Dios, a hacerse una sola cosa con él, se ha vaciado en él de modo tan completo que desde ese momento existe y obra en Dios!*⁶²

Es justamente a esta gracia de total inmersión en la muerte — resurrección del Hijo amado— a la que aspira el ermitaño a lo largo de toda su perseverante espera. Y puedo confesar que no es muy raro encontrar en nuestros yermos, como en la cartuja, hermanos que con todo su ser transfigurado saludan con las palabras de san Serafín de Sarov: “¡Mi alegría! ¡Cristo ha resucitado!”. Pienso que este sea el mejor fruto de nuestra vida.

La vida oculta al final ha dado su fruto. El admirable testimonio de la reclusa Nazarena que puede sernos de ayuda para continuar nuestra maravillosa aventura:

*Cuando me encontré en mi celda de reclusa, después de que las monjas se fueron y la puerta se cerró, percibí con certeza que estaba en mi sitio, el querido por Dios para mí. No he sentido nunca, en tantos años, la tentación de salir de la reclusión. Ni una vez. Siempre he sentido alegría y gratitud por el lugar que Dios ha querido para mí. Ningún sacrificio ha sido demasiado duro. Oculta para siempre con el Padre, con el Espíritu y con Jesús, la Virgen que ha sido para mí de gran ayuda en todos estos años, vivo solamente en la paz. La soledad silenciosa no ha perdido para mí su primer encanto. Ella conserva el misterioso atractivo de la novedad eterna. Es Dios que la vivifica. Vivo en ella como un pez en un lago creado a propósito para él*⁶³.

Es precisamente aquí donde nos puede conducir, día tras día, nuestra vida oculta en nuestro desierto. Por lo tanto, también tú, hermano, puedes transfigurarte totalmente en Alegría y en Luz.

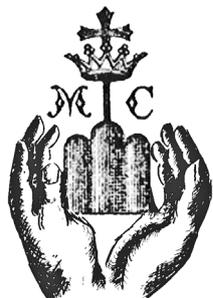


⁶² Pablo Giustiniani, *Secretum meum mihi*, p. 49.

⁶³ *Oltre ogni limite*, pp. 31-32.

Índice

Prólogo	7
Introducción	9
La paradoja de la vida oculta	11
La celda solitaria, nuestro ambiente divino	15
El hombre transformado en oración:	
la vida oculta en Dios	21
El hombre de las lágrimas: hundirse en la miseria	29
Vivir la vida oculta en la banalidad de lo cotidiano	35
Soledad y comunión:	
vivir la vida oculta en la comunión eclesial	41
El ermitaño, la iglesia y el mundo	47
¡Mi alegría! ¡Cristo ha resucitado!	55



**FRATERNIDAD
LAICOS CAMALDULENSES
MONTECORONA**

frat.laicoscamlulenses@gmail.com
tf. móvil 600 692 039